



**SS**

**SERVICIO  
SECRETO**

**PETER DEBRY**

**CORSARIOS  
ANFIBIOS**

**Lectulandia**

Elvin Frol, sentado entre dos matorrales, se quitó el casco para abanicarse con él el sudoroso semblante, y afirmó los tacones de sus botas en el suelo arenoso, para rebuscar con la mano izquierda en el bolsillo superior de la recia camisa.

Extrajo la bolsita de tabaco, y con los dientes descorrió el lazo que cerraba el nylon conteniendo tabaco de Virginia, mentolado. Hábilmente, con fácil destreza de vaquero consumado, sacó el librito de papel, y valiéndose de una sola mano, arrancó una hojilla que acanaló entre el índice y el dedo medio, colgante de los dientes el saquito.

Bajó la barbilla, y en el papel de fumar sembró un pequeño reguero de tabaco. Alzó el enérgico mentón cerrando así la bolsita, y sus musculosos dedos liaron el cigarrillo, engomándolo rápidamente.

Miró en rededor, por encima de los dos matorrales, como hombre que acecha o es perseguido, colocado ya de nuevo el casco. No, no podía encender el delgado pitillo, pese a que su rostro sudoroso y polvoriento denotaba ansias de fumar y beber.

Lectulandia

Peter Debry

# Corsarios anfibios

Bolsilibros - Servicio Secreto - 104

ePub r1.0

jala y xico\_weno 05.07.17

Título original: *Corsarios anfibios*

Peter Debry, 1952

Editores digitales: jala y xico\_weno

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

PETER DEBRY

# Corsarios anfibios

1.ª EDICIÓN  
JULIO 1952



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
BARCELONA - BUENOS AIRES



# **CORSARIOS ANFIBIOS**

*POR*

**PETER DEBRY**



## CAPÍTULO PRIMERO

Elvin Frol, sentado entre dos matorrales, se quitó el casco para abanicarse con él el sudoroso semblante, y afirmó los tacones de sus botas en el suelo arenoso, para rebuscar con la mano izquierda en el bolsillo superior de la recia camisa.

Extrajo la bolsita de tabaco, y con los dientes descorrió el lazo que cerraba el nylon conteniendo tabaco de Virginia, mentolado. Hábilmente, con fácil destreza de vaquero consumado, sacó el librillo de papel, y valiéndose de una sola mano, arrancó una hojilla que acanaló entre el índice y el dedo medio, colgante de los dientes el saquito.

Bajó la barbilla, y en el papel de fumar sembró un pequeño reguero de tabaco. Alzó el enérgico mentón cerrando así la bolsita, y sus musculosos dedos liaron el cigarrillo, engomándolo rápidamente.

Miró en rededor, por encima de los dos matorrales, como hombre que acecha o es perseguido, colocado ya de nuevo el casco. No, no podía encender el delgado pitillo, pese a que su rostro sudoroso y polvoriento denotaba ansias de fumar y beber.

Lo conservó entre los labios, pero asió el fusil ametrallador que tenía cruzado en banderola, ante el hercúleo torso.

Volvió a arrodillarse, hincando los codos en la arena, dispuesto a reemprender el duró ejercicio de avanzar reptando por el suelo.

Una voz autoritaria exclamó:

—¡Alto!

Elvin Frol se puso en pie, desembarazándose del casco, del fusil y del pitillo. Unos, pasos apresurados hicieron crujir la arena.

Un hombre diminuto, con rasgos orientales, envolvió las espaldas de Elvin Frol echando sobre ellas una amplia toalla esponjosa, y mientras Frol se secaba el rostro, le presentó un vaso conteniendo jugo de naranjas, sin hielo.

El famoso actor Elvin Frol, ídolo de las damas, gran especialista en protagonizar *cow-boys* pendencieros y soldados heroicos, bebió lentamente, devolvió el vaso y se aproximó al rincón donde sobre una plataforma rodante, junto a la cámara de encuadre y órdenes, estaba el director de la nueva película de ambiente bélico.

—¿Se repite? —inquirió Frol.

—Escucha, Elvin, y si te enfadas, lo lamento —dijo el director que sentado en un escabel metálico y giratorio, alzó la diestra, para significar con ello que tomara nota la *script-girl*, sentada tras él—. Un soldado solitario, extraviado, en una isla dominada por el enemigo, puede ser que al llegar a un sitio protegido, se abanique con el casco, y trate de encender un cigarrillo. Pero nunca..., ¿me oyes bien?..., ¡nunca!, mantendrá su arma como la llevabas tú, con el cañón apuntando su propio estómago. Es elemental que siempre, maquinalmente, tendrá el reflejo del soldado

bien instruido, y, además, jugándose la piel. Su fusil encañonará hacia algún lado...

Elvin Frol, caprichoso, mimado por la fortuna, sonrió ácidamente:

—¿En qué guerra nos hemos conocido tú y yo?

—En ninguna hemos estado ni estaremos, pero para algo tengo yo técnicos. Deberemos repetir después, a partir del momento en que lías el cigarrillo.

—A la orden.

Y el actor se sentó un poco más atrás. Los focos aureolaron el decorado en mayor trecho, abarcando, además de los matorrales, un espacio liso, de fina arena.

Al otro lado del estudio número doce, un individuo se levantó. Vestía exactamente igual que Elvin Frol, y se le parecía enormemente. Era su «doble» Jim Cramer, que le reemplazaba en los momentos preliminares de toma de vistas, o en escenas de peleas dinámicas.

Jim Cramer escuchó pacientemente al ayudante de dirección:

—Estás arrastrándote sobre los codos y aparecen los dos italianos. Te abrazas como un tigre al talle del grandullón, dándole con la cabeza en el pecho, y te proteges del ataque del otro, lanzándole al que tienes agarrado y medio «groggy». El otro te largará un culatazo, que encajas, y cabeza gacha le envistes, volteándolo. Ya está.

Jim Cramer asintió. Era incapaz de fingir una escena de amores, o una tristeza repentina, pero en el terreno de las peleas, fueran de estudio o callejeras, era un talento.

Y de nuevo, al terminar su actuación, y mientras ayudaba a levantarse al segundo extra, dijo:

—Sin mala intención, muchacho. Es que cada vez me ocurre lo mismo. Me diste con una culata de goma, ya sé, pero me calenté la sangre.

El otro, arqueado hacia atrás, se palpó los doloridos riñones, después del «volteo». Masculló:

—No te apures, Cramer. Ya sé que no lo haces con mala idea. No tienes culpa de ser un bruto integral.

Penetraron en el estudio varios individuos corriendo, excitados:

—¡Pearl Harbour!

—¡Los japoneses han bombardeado la escuadra norteamericana!

—¡Malditos traidores! Sin aviso...

En un instante reinó la mayor de las confusiones. Los que no sabían la noticia del bombardeo japonés sobre la escuadra anclada en la Bahía de las Perlas, preguntaban a los que acababan de oírla por radio.

El director hizo batir las claquetas de: «Terminado». Su ayudante, gritó:

—¡Mañana a la misma hora, todos!

Elvin Frol se alejó hacia su camerino seguido por su criado. En el interior, y mientras se desnudaba, dijo:

—Figuritas como LI-Yung, chino de Shanghai, y tu cara es muy adecuada. Si es un trucó, y eres japonés, mal asunto.



Li-Yung, impasible, saludó antes de contestar:

—Por el honor de mis venerables antepasados soy LI-Yung, sin el menor entronque con nipones, señor.

Elvin Frol durmió normalmente aquella noche, porque el inesperado ataque japonés le dio tres horas más de descanso, al suspenderse la actividad en su estudio.

Terminaba de desayunar, hojeando distraídamente la prensa, cuando LI-Yung trajo el teléfono portátil, que sólo enchufaba en los casos de ser importante la comunicación.

—El director Talbot, señor, al aparato.

Aplicándose el auricular, dijo Elvin Frol:

—Al habla, Talbot. Muy pronto para oír tu ingrata voz.

Al otro lado del hilo telefónico, Talbot rezongó:

»—Malas noticias, Elvin. Del Departamento de Propaganda. Urgente. Hay un delirio colectivo.

—Del cual yo no participo.

»—Lo siento, Elvin, pero has de estar a las diez en punto en mi despacho. Te espero con Bernstein.

Colgó Frol, mirando su cronómetro. Las nueve treinta y dos. Y Bernstein era la eminencia gris de la compañía, hombre quisquilloso que podía perjudicar al más encumbrado, si le hacía esperar.

A las diez en punto, Elvin Frol entraba en el despacho, estrechando las manos de Bernstein y Talbot.

El jefe del Departamento de Publicidad examinó una de sus clásicas cartulinas con notas de su propia mano, condensando informes e ideas ajenas.

—La cosa es así, señor Frol. Usted personifica héroes, y en su correspondencia hay un treinta y ocho por cien de admiradores entre los quince y veinticinco años, de ambos sexos. Hay un veintiséis por cien de admiradores que emplean la palabra «bizarría» para calificarle. ¿Está de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Frol, extrañado.

—Ahora sepa usted que Clark Gable, Robert Montgomery, Robert Taylor, en fin, la crema de los actores «bizarros», se han alistado ya en marina y aviación. Estamos en guerra, señor Frol.

—Yo no —replicó secamente Elvin Frol—. Por favor, Bernstein, no me suelte el disco de patria, honor y deber. Si yo supiera que mi esfuerzo resolvía la guerra, iría. Y si me enrolan, iré, pero voluntariamente, no.

—Recurriré a su inteligencia, señor Frol. Si usted se alista voluntariamente, redundará en una gran propaganda. ¡El famoso Elvin Frol, ataca! ¡El bizarro Frol...!

—El bizarro Frol considera que personalmente es un egoísta amante de la comodidad.

Bernstein tendió un índice acusador:

—No se da cuenta todavía, señor Frol. Si usted no tiene la gallardía de enrolarse

voluntariamente, caeremos bajo la venenosa crítica de los Departamentos rivales. Le sabotearán la carrera con chistes agrios. Sus admiradores ya no le tomarán en serio. El descrédito y el desprestigio, señor Frol. La compañía acepta el sacrificio de perder miles de dolares, suspendiendo el rodaje actual.

—Yo tengo una piel tan solo, Bernstein, y no venden de recambio. Repito que si me llaman a filas, cumpliré, pero voluntariamente, estoy acorazado contra arranques sensibleros.

—Es natural que ahora hable así, señor Frol, porque le he sorprendido. Le ruego tome su decisión antes de las cinco de esta tarde, en que tengo preparada la galerada para remitir a todos los periódicos.

—¿Qué dice la galerada?

—Alude a su gallardía al renunciar a copiosos beneficios, enrolándose voluntariamente para ir a aplastar a los japoneses. Buenos días, señor Frol. Quedo pendiente de su decisión.

A solas con Talbot, dijo Frol:

—Es muy distinto meterme en películas a gusto de Bernstein, que sentirme héroe de veras, Talbot. No es él quien irá a jugarse la piel.

—Haces bien en ser prudente, como yo mismo. Pero lo cierto es que si no vas, tendrás en contra la opinión general. Eres ídolo de multitudes, Elvin. Ellas te han encumbrado, y ellas te patearán. Tú representas la valentía, el afán de riesgo, el aventurero romántico...

—Al grano. ¿Qué te ha dicho, en privado, Bernstein?

—Que el momento es difícil, porque la nación arde de furor vengativo. Que te hincarán los dientes todos los críticos, si te retraes.

—¿Tú, qué harías?

—Hijo, yo soy director nada más. El que se los come crudos en la pantalla, eres tú.

Elvin Frol se levantó, ceñudo el semblante. Declaró:

—Voy a tomarme una copa. Lo malo es que aunque me tome, sesenta, me parece que prefiero vivir sin gloria, a morir gloriosamente.

—Bernstein espera.

—Me dio por sentencia hasta las cinco de esta tarde.

A la copa número cuatro, Elvin Frol, en el bar privado de las estrellas había recibido ya varias palmadas en la espalda, y oído:

—Suerte, Elvin.

—Vas a ser el héroe del mañana, Frol.

—La ocasión más estupenda, Elvin.

A la copa número seis, Elvin Frol, en la cabina, telefoneaba a su ayuda de cámara:

—Li-Yung, soy yo. Averigua al instante, con discreción, dónde vive ese muchacho llamado Cramer, mi «*standing*».

»—Tengo su dirección anotada, señor. 76, calle Nueve, piso doce, departamento

F, teléfono LAG-6653.

—Repite —y Elvin Frol apuntó en el puño de su camisa lo que iba dictando lentamente LI-Yung. Al terminar, dijo—: Eres magnífico, LI.

Al volante de su coche, Elvin Frol atravesó la ciudad de Los Ángeles, hasta llegar al barrio para él desconocido. Barrio del mercado, de los restaurantes baratos, las viviendas apretujadas, y las aceras estrechas.

El edificio 76 estaba al término de la calle más sórdida de todo el barrio.

Elvin Frol había dejado su coche en un aparcamiento, para no llamar la atención. El día era frío, y hacía normal que tuviera alzadas las solapas de su abrigo.

El ascensor rechinaba, maloliente, y en su interior, Frol se abanicó con el sombrero de cincuenta dolares, de piel de castor, modelo exclusivo.

Un estrecho pasillo sombrío, con varios corredores a los lados, y por fin halló el departamento «F», sobre cuya puerta un letrero decía:

*«Jim Cramer duerme si sois respetuosos con el prójimo».*

«¿Un humorista?», pensó Frol. «Mejor...». Y pulsó el timbre prolongadamente. Pasaron unos segundos, y por fin la puerta se entreabrió, mostrando una cabeza despeinada, con ojos irritados de sueño truncado...

—¿Es que no sabe leer, maldi...? —empezó a gruñir Jim Cramer. Y de pronto, al reconocer a su visitante, exclamo—: ¡Vaya! Pero si es...

—¿Puedo entrar, amigo?

Jim Cramer abrió la puerta del todo, fingiendo un saludo profundo. Vestía un pijama arrugado, y mal zurcido.

La sala que vio Frol al entrar era una desordenada estancia, con ropa tirada sobre varios muebles, botellas por el suelo, dos platos con comida que al enfriarse tenía un aspecto poco apetitoso...

Encendió Cramer la luz, y Frol buscó en vano un sillón donde sentarse.

—Salón, recibidor, comedor y pocilga en una sola pieza, señor Frol. Al lado, cocina y baño, en otra pieza, y allí mi principesca alcoba. No da más de sí mi palacio.

Elvin Frol miró por vez primera con atención a su doble, hasta entonces para él, un empleado más en el estudio.

Y le pareció percibir algo en aquel semblante tan parecido al suyo.

—Lamento haberle despertado, Cramer.

—No importa, no importa. Póngase confortable, señor Frol. Y excuse la mota de polvo, pero mi servidumbre está regando mi jardín.

—Oiga, Cramer... Me parece que usted me odia.

Jim Cramer rió entre dientes, mientras se rascaba los cabellos.

—No le odio, señor Frol, y aunque fuera así, usted no se daría cuenta.

—¿Le he perjudicado en algo, Cramer?

—Al contrario, porque gracias a nuestro gran parecido, cobro una buena paga,

para repartir tortas y recibirlas en su nombre.

—Escuche... Si yo tengo dotes de actor, y usted no...

—No lo entiende, señor Frol. Usted ya sabrá quién soy. Me consideran bruto, bohemio, borrachín, Las tres «b».

—También creo haber oído decir que es usted noble, leal y muy hombre.

—¡Cáscaras! Usted me halaga, señor Frol. Hasta hoy sólo le oí decir: «¿Cómo está usted?» la primera vez que nos vimos, y nada más. Y son muchas las veces en que yo quise ir a un buen *cabaret* o a un buen restorán. Pero la cláusula de mi contrato especificaba que salvo perder mi empleo, no frecuentaría sitios donde pudieran confundirme con usted. No convenía que se supiera que el señor Frol, el aventurero que se juega la vida en cada escena, se quedaba sentado, mientras un tal Cramer, se rompía un tobillo... Un tobillo que ni siquiera era mío, porque era usted quien aparecía retratado con el tobillo envuelto. Pero seamos personas. Usted no tiene la culpa, y perdone si he echado fuera un poco de rencorcillo.

—Muy legítimo, Cramer.

Jim Cramer quitó su pantalón y un zapato de una silla, y en ella se sentó Frol apoyando la barbilla en las dos manos juntas sobre el puño de su bastón.

—¿Vive solo, Cramer?

—Por completo. Mis padres están en una aldea, al otro lado del continente. Les escribo cada medio año. Me quieren, les quiero, y ya está.

—¿Mujeres?

—Todas en general y ninguna en particular. Bueno, ¿y a qué viene el interrogatorio?

—Permítame: ¿cuánto gana doblándome?

—La millonésima parte de lo que usted cobra.

—Agresivo y bienhumorado, Cramer. Y le gusta el riesgo, ¿no?

—Me gusta pelear, me gusta buscar en el fondo de una botella la alegría...

—Y usted por hombre, si me da su palabra de hombre, la mantiene.

—De esto, sí que nadie puede dudarlo. Soy como soy, pero los hay peores.

—Iré rectamente al asunto, Cramer. Tengo deberes como estrella, y me veo obligado, a alistarme voluntario.

—¡Ay, qué bueno! —rió, explosivamente, Jim Cramer—. Sin focos, ni criado, ni jugo de frutas..., ya no resultará igual, señor Frol. Pero lo comprendo. Tiene que ir al Pacífico, o quedaría muy mal.

—Así es. Si no voy, me hundo como actor. Y si voy, puedo hundirme como hombre. Personalmente, no me creo un cobarde. Y no se ofenda, Jim Cramer... pero sí alguien puede correr los riesgos en mi lugar, ¿por qué he de negarme a ello?

Crispados los puños, Jim Cramer dio un paso hacia el que sentado, alzó el bastón.

—No hemos de pelear, Cramer. Usted acepta o lo deja. Eso es todo. Si usted se alistase con mis documentos, yo le pagaría un sueldo crecido, que usted mismo puede fijar, dándole el anticipo que quiera...

—¡No siga, Frol! ¿Viene a comprarme el pellejo? No le estropeo el físico porque me juego con ello el empleo. Váyase...

—Atienda, Cramer. Si no voy al Pacífico, no filmaré nada mientras no pase, el fervor patriótico. Ni usted ni yo cobraremos. No es preciso pelear. Yo me limito a hacerle una oferta, como me la ha hecho Bernstein.

Jim Cramer rió suavemente, calmado. Dio media vuelta, mirando hacia la cocina, a la que se encaminó, reapareciendo con una botella de coñac, que destapó golpeando el cohete contra un canto de la mesa.

Salpicó el abrigo de Elvin Frol, que sonriendo con desdén, advirtió:

—No sea matón conmigo, Cramer, puesto que podemos ser socios.

Jim Cramer bebió un largo sorbo, y limpiándose la boca con un revés de mano, indicó:

—Siga explicándose, Frol.

—Fije las condiciones, Cramer.

—Hay algo en el aire, Frol. Si allá me pelan, ¿qué pasa con usted?

—Descubriría la verdad, cuando lo considerase oportuno.

Jim Cramer entrecerró los párpados, y casi pareció rezar al decir:

—Mi vieja suspira, hace muchos años por una nevera. No pueden ni comprarla a plazos. Hasta hoy los he querido mucho, pero me he gastado todo, lo ganado sin acordarme de ellos. Mi vieja es pequeña, muy menuda, y... ¡No se ría, Frol, o le parto la bella sonrisa!

—No pienso reírme, Jim. Usted tiene derecho a crearme un cínico, pero hay algo sagrado en este mundo. Yo perdí a mi madre cuando apenas tenía los años suficientes para darme cuenta. Quizá yo sería mejor si ella siguiera viviendo.

Receloso, Jim Cramer miró al actor, y comprendió de pronto que era sincero. Su voz se hizo menos ruda:

—Bueno, usted no es tampoco ningún bicho. Es natural que no quiera jugarse la piel tontamente. Mis viejos viven mal, y yo pensé que algún día daría con una mina de oro, y volvería allá en coche, para llevarles a un palacio. ¡Para mí no quiero un centavo, Frol! El ejército va a cuidarse de alimentarme.

Sobre su rodilla extendió Frol el carnet de cheques, pluma en alto.

—¿Le parecen bien veinte mil dolares, Jim?

—¡Cáscaras! ¡Una fortuna y la ocasión de ir a jugar a soldados! Demasiado, señor Frol. Yo les giro veinte mil a mis viejos, y asustados me buscan por todos los presidios, para averiguar qué Banco he atracado.

Elvin Frol sonrió, para replicar:

—Usted es un pícaro agradable, Jim. Lástima que no nos conociéramos mejor. Podemos hacer una cosa. Gire ahora mil, y mientras está usted ausente, giraré mil todos los meses. Escriba ahora a sus padres, diciendo que tiene un empleo de inspector de minas, por ejemplo, y que se desplaza frecuentemente, para evitar vengan a verle. El público no verá diferencia entre Jim Cramer y Elvin Frol, pero una

madre, sí.

—Bien pensado, señor Frol.

—Elvin, por favor. Hubiéramos sido buenos compañeros, Jim. Y es usted muy hombre para que oiga sin pestañear, que si usted... tiene mala suerte, yo arreglaré las cosas de modo que a sus viejos les toque una pensión vitalicia... pongamos de mil dolares mensuales. Jim Cramer mostró la diestra abierta:

—Choque, Elvin. Bueno... ¿Y usted mientras...?

—Tengo en cierta montaña una casa tranquila, junto a un lago, donde nadie sabe quién soy, porque di otro nombre para adquirirla. La empleaba para, reposar del público. Allí iré... Ahora telefonaré a Bernstein, diciéndole que ya me he enrolado. ¿Dónde se enrolará, Jim?

—Leí que en cierto campamento entrenaban ingleses llamados «commandos» de marina. Muchachos que desembarcan y todo eso... bueno, ya lo sabemos por la película que estábamos rodando. Soy mal actor, pero el papel de soldado fanfarrón no me costará nada, ¡palabra!

—No lo dudo, Jim. Le extenderé las garantías escritas que...

—Ninguna. Sé que cumpliré. Me pondré mi mejor traje, y andando. Cuanto antes me enrolé, mejor.

—Le ruego... me cuesta decírselo... Acépteme unos dolares para beberse las copas que no podemos compartir. Y sin rencor, Jim. Empieza casi a avergonzarme lo que le he propuesto.

—No hay de qué, señor Frol. Usted es práctico, y hace además una obra filantrópica. ¡Seguro y sin ironía! Mis viejos cobrarán mensualmente mil dolares, y estarán orgullosísimos del hijo. Vea... Ésta es mi firma, fácil y clara. La suya tampoco es enrevesada. Todo saldrá bien. Y se tomará un buen descanso que le hace falta. Corto, porque apenas llegue allá, salen huyendo los *jap*.

Levantóse Elvin Frol, colocando su diestra sobre el hombro de Cramer.

—Es usted un buen muchacho, Jim. Le deseo mucha suerte, y mañana... cuando nos volvamos a ver... ¡Adiós, Jim Cramer!

Salió apresuradamente el actor. En la sala, Jim Cramer se encogió de hombros. ¿Por qué se avergonzaba aquel Don Juan peliculero? Todo era sencillo...

—La vieja tendrá diez neveras, si las quiere —resumió en voz alta.

Pasó a la cocina, donde en medio barril, que era su bañera, se aseó, y ya afeitado, luciendo su mejor traje, Jim Cramer se dispuso a salir hacia la conquista del Pacífico.

Encima de la mesita vio un fajo enrollado que había dejado el famoso actor sin él darse cuenta. Silbó al contarlos...

Había allí doscientos treinta dolares, que guardó jurándose no acudir al bar más próximo. Tenía que estar plenamente sereno y «muy actor» al enrolarse.

## CAPÍTULO II

El sargento de la oficina de reclutamiento miró al recién llegado. Un rostro que le era familiar, y no sabía de dónde...

—Hola, jefe —saludó Jim Cramer—. Tengo ganas de batirme el cobre bien batido. ¿Dónde hace falta un jabato pronto y lejos?

El sargento sintió cierta pena íntima, pero replicó:

—Esta noche zarpa un convoy de enrolados para Honolulu.

—¡Cáscaras! Me despepitan las chicas aquellas que bailan de aquel modo tan atractivo, con cinturones y collares de flores. ¿Va alguna expedición de «marines»?

—Hacia el campamento de instrucción, porque es cosa dura, muchacho.

—Lo mío. Tome nota para zarpar esta noche en los futuros «marines».

—Si es casado...

—¡Atrás, Satanás! Soltero y sin compromiso.

—Bien. Si el examen médico es satisfactorio, vuelva aquí. Pase a aquella sala. ¿Sus nombres, por favor?

—Elvin Frol.

El sargento que iba a escribir, dejó caer la pluma sobre la mesa.

—¡Elvin Frol! ¡El actor!... ¡Caramba, señor Frol! Esto es magnífico. Tal, tal como en sus películas... Seguro que...

—Me lo cuenta después, jefe. Hay prisa por cazar *japs*.

El médico, tras su inspección, dijo:

—Está usted en espléndida forma, muchacho. Un buen ejemplar de guerrero a toda prueba. Suerte.

El sargento de reclutamiento se había ganado ya los cinco dolares por noticia sensacional, acabando de telefonar a un periódico.

—Firme aquí, señor Frol. El barco es el «Revenger», muelle siete, dársena Oeste. Zarpará a las ocho, y está usted... obligado a pasar por el almacén de vestuario a las siete, a más tardar.

—A las siete como un clavo en el almacén. ¿Dónde está?

—Aquí mismo, señor Frol; aquí mismo.

Jim Cramer decidió que le quedaban cinco horas libres y doscientos treinta dolares intactos. Empezaría por comer en el «Ambassy», lugar que siempre le había tentado, y prohibido por la cláusula.

No iba allí Elvin Frol, pero el *maître* le saludó obsequiosamente. Era su obligación conocer los rostros de las personas célebres.

A las cuatro de la tarde, Jim Cramer trataba en vano de agotar su caudal. Le quedaban aún ciento ochenta y cuatro dolares. Trajes de paisano, no le iban a servir.

Un escaparate de relojería le resolvió el problema. Había un reloj de pulsera



maravilloso. Calendógrafo, con fases de luna, irrompible, sumergible...

Ciento setenta y siete dolares.

A las cinco y diez minutos, entraba en el centro de reclutamiento. Saltó a un lado, crispados los puños, ante los fogonazos... Cámaras de periodistas...

Sonrió arreglándose los puños, y adoptando la sonrisa de «hombre de mundo, de vuelta de todo», de Elvin Frol. Después de adquirir el reloj se había gastado los restantes dolares en legítimo *whisky*.

—¿Unas declaraciones, señor Frol? —Y en rededor tenía un cerco de periodistas—. ¿Cómo eligió un cuerpo tan arriesgado como el de «marines»?

—Porque mi cuerpo pide constante jaleo —rió Cramer—. Y déjenme seguir, muchachos, que tengo ya prisa por ver qué tal me sienta la ropa de recluta.

—Es maravilloso, señor Frol. Usted pudo alistarse como oficial.

—Seré oficial a fuerza de puños y coraje. ¿Pues qué se creían los japoneses? ¿Que yo me iba a enchufar? Allá voy, y desde aquí oirán los estampidos que repartiré.

—¿Qué dirán las mujercitas al saber su decisión, señor Frol?

—Dirán lo de siempre: «¡Ahí va mi héroe!», y espero quedar bien.

En el vestuario, Jim Cramer recibió el equipo de viaje. Dos camisas, dos pantalones, dos «overall», dos pares de botas, media docena de calcetines.

—Me permití pedir sus medidas al estudio, señor Frol... —anunció, reverente, el mozo de vestuario—. ¡Ojalá todos fuéramos como usted!

—Pues listo iba el mundo. Oye, una puerta por donde salir, sin que me acosen los periodistas.

—Sí, señor Frol. Entregaré esta documentación a bordo. Buena suerte, señor Frol.

Talbot y Bernstein trataban por todos los medios de ponerse en comunicación con Elvin Frol, después de saber por un periodista que el actor había firmado su *enrol* en los «marines», que zarparían hacia un campo de instrucción en Hawai.

El verdadero Frol estaba ya en su casa de la montaña. Y Jim Cramer a bordo del «Revenger» y después de mostrar su documentación, dijo:

—Era actor de cine, sargento. Quiero ser un jabato. Dígame dónde puedo meterme, y que me dejen en paz los periodistas.

El sargento, tras examinar la documentación, replicó:

—Aquí no suben periodistas ni nenas histéricas, amigo. Usted es ahora el recluta Frol, número 763, destinado al sollado octavo, al mando del sargento Bradock. Preséntese a él, recluta.

—Allá voy, jefe.

En la puerta del sollado octavo, un sargento corpulento, de unos cuarenta años, arrugó las cejas al leer la ficha documental que le tendía Jim Cramer.

—¿Actor de cine, recluta? ¿Y escogió los «marines»? Descuide, recluta Frol. Ya le entrenaré yo para buenas películas.

Jim Cramer, eufórico, replicó:

—Cuídeme con mimo, sargento, porque voy por las estrellas de general.

El sargento Bradock elevó los hombros. Era un veterano instructor, y tenía experiencia como enrolado voluntario en los «marines» ingleses. Había visto morir a muchos petulantes jóvenes como aquél.

—Todavía no hay disciplina, hasta que llegemos al campo, recluta. Puede bromear, pero allá, se acabó la broma.

—Se acabó. Y tengo sueño atrasado, sargento.

—Puede dormir en la litera marcada con el número 763. Pasaré lista al disponerse a zarpar el barco.

A las ocho menos cuarto, Jim Cramer estimó que era imposible dormir. En aquel estrecho sollado, con cuarenta literas superpuestas de cuatro en cuatro, treinta y nueve hombres armaban un ruido espantoso, hasta que en el umbral, una voz se impuso por práctica:

—¡Silencio! ¡Pasen lista! ¡Silencio todos!

El sargento Bradock, como dijo uno de los reclutas en voz baja, era la viva imagen de un perro de presa, buscando a ver quién intenta robarle un hueso.

Pero se hizo el silencio, y Bradock leyó nombres, contestando cada cual a su modo: «Presente», «Está», «No lo busque más», «Este nene», «El mismito»...

Cuando acabó de leer los cuarenta nombres y números, Bradock, con los puños sobre las caderas con cara de asco, echó un discursito.

—Cada cual presume de valiente aquí dentro, ¿no? Todos guapos y dispuestos a demostrarlo. No os lo reprocho, reclutas. Pero bueno será que sepáis quién soy yo. Me llamo Bradock, y fui instruido como «marine» en Inglaterra, apenas los alemanes invadieron Polonia. Después me tocó hacer prácticas en varios sitios y he visto caer a muchos. Ya sé que no os pongo la piel de gallina, porque el que menos de vosotros, se desayuna con cadáveres fritos. Yo no puedo tener amigos, y ninguno de vosotros será mi amigo... porque he visto caer a mi lado, imbéciles valientes como vosotros, a quienes había empezado a coger ley, y juré que no tendría ley a nadie más. Pero, hay algo que debáis saber todos.

Y Bradock avanzó unos pasos. Insensiblemente, a medida que avanzaba por el estrecho pasadizo entre las literas, los que le escuchaban, se erguían, abriendo camino.

—Somos ya un equipo. Os instruiré, y alguno irá al hospital con las costillas rotas, y la nariz en el cogote. De los que queden, saldrán cuatro cabos. Pero todos, seremos uno solo. A eso vamos, allá al campamento. El fallo de uno, vende la piel de los restantes. He sido designado instructor, pero haré lo posible por dejar de serlo. No me gusta entrenar a borricos que creen que se lo saben todo. Haré lo posible por ir con vosotros a la verdad, allá donde el más valiente aprende a rezar, y donde el más burro de vosotros, alguna que otra vez, llorará susurrando el nombre de quien más ame. Y aquel que se ría por ver a otro llorar en los fríos amaneceres antes del ataque... ¡aquel sabrá quién es el sargento Bradock! Porque...

Y en la pausa que hizo, Bradock sabía ya que dominaba a sus futuros

subordinados, que escuchaban conteniendo la respiración.

—Porque... yo tengo tres citas en la orden del día, dos medallas y una cinta azul, que significa que me quedé solo en una trinchera, donde estábamos veintidós. Y yo he llorado, y no me avergüenza declararlo. Hoy, para que me saquen lágrimas, tendría que pelar una montaña de cebollas. He dicho y he terminado.

Alguno rió, distendido ya en su emoción viril. Y Jim Cramer alzó una mano, diciendo:

—Permiso para hablar, sargento Bradock, si usted ha terminado.

—¿Qué pasa, recluta 763?

—Pues que tiene usted cara de dolor de muelas, pero me parece que nos vamos a entender.

El sargento Bradock dio media vuelta y abandonó el sollado. En la puerta apareció ahora un marinero, que jovialmente saludó:

—¡Hola, suicidas! Vengo a daros el horario. Durante el día nadie sale, porque puede haber aviones de reconocimiento. Por la noche, libres de pasear en cubierta seis, de once a una. Os darán cinturones de flotación, y si oís un pito allí en aquel cuadro, por tres veces seguidas, os ceñís el cinto y corriendo a la cubierta 6. Las comidas os las distribuirán aquí.

—¿Y las bebidas? —quiso saber Jim Cramer.

—Cada cual se chupa el pulgar que ha traído. *Abur*. Ahora podéis salir a cubierta.

Jim Cramer contempló cómo en el muelle, ondeaban pañuelos, mujeres que contenían sus lágrimas, ancianos que fingían serenidad...

Y aquella noche primera de travesía, nadie bromeó en el sollado ni en ningún otro compartimiento.

Empezó al amanecer siguiente la sensación de peligro, porque corrió la voz de que el convoy, primero que abandonaba California, había sido señalado a los aviones y submarinos japoneses.

En el sollado octavo, hubo uno que hacia el mediodía, manifestó:

—Esto de ir en caja de sardinas, no me hace gracia. Dicen que los japoneses tienen como los italianos unos submarinos pequeños con un piloto suicida que se lanza con el torpedo hacia...

—Oye, tú, número 745, mejor que hables de la rubia que te despedía. Estaba despampanante.

—Era mi hermana, ¿estamos?

—Pues me gusta un rato más que tú.

Los nervios empezaban a manifestarse en aquellos hombres que habían elegido el cuerpo de «marines», o fuerzas de desembarco, por su afán de vivir intensamente.

El número 758 saltó de su litera, puño en ristre, porque el hermano de la «rubia despampanante» acababa de hacerle un gesto poco elegante.

Entre ellos dos se interpuso Jim Cramer, tendidos los brazos.

—Somos un equipo, y nos hemos alistado para partir la cara a los demás, no entre

nosotros.

—¡Eso es! —Aprobaran varias voces.

El número 745 aplacado retrocedió, pero el que llevaba en su overal el número 758, gruñó:

—Éste me retó, y tú no eres quién para meterte.

—Yo no me meto, recluta 758...

—¡Jack Murray! Éste soy yo.

—¿Y a mí, qué? Si hasta hoy nos gustó pelear, ahora debemos dejarlo y acumular energías para cuando llegue la hora de la verdad.

Jack Murray, rubio atlético, de cara picada de viruelas, sonrió:

—A ti te veo venir, 763. Tú quieres ser cabo, y estás haciendo méritos para luego ir a contarle al cara de perro de Bradock, que impusiste el orden. Tú eres un cobista, tira-chaquetas, pelotillero.

—Hombre... Ahora me entero, Murray. Haced un poco de sitio, muchachos. Aquí tenemos a Jack Murray con ganas de demostrarnos que es el más guapo, y como todos lo somos...

—¡Ya sé quién es! —gritó uno, desde su litera—. ¡Ay, qué gracioso! Esté 763... ¡es Elvin Frol, el galán castigador!

Jack Murray miró a Jim Cramer, y rió con sarcasmo. Los demás miraban con curiosidad al que creían el *as* de la pantalla...

—A lo mejor te crees en una película, Frol —dijo Murray, con evidente desdén—. Pero en la pantalla las tortas iban de broma.

—¡Qué va! Iban muy de veras, y puedes pedir la ración que se te antoje...

Cuando Jack Murray iba a abalanzarse, una voz en el umbral, gritó:

—¡Quietos, o vais a los hierros de castigo!

El sargento Bradock siguió avanzando, añadiendo:

—Hay un micrófono, para que me entere de qué tal andáis de moral. Y aquí no se pelea nadie. Somos un equipo, y no hay nada más odioso que desfogarse entre vosotros. Nadie provocó a nadie, y os advierto que el primero que pegue a otro, queda expulsado de los «marines», para ingresar en el rancho de cocineros de la Armada por tres años. Me has llamado cara de perro, Murray, y las verdades no ofenden. Pero cuando pises el campamento, no lo repitas. Podría tirarte un bocado. Por ahora, sólo ladro.

Jack Murray señaló con el pulgar a Cramer:

—Este tipo quiere hacer méritos, y hace tiempo que yo soñaba en lo bonito que sería poder romper el guapo rostro a uno de esos que en las películas nos castigan a nuestras chicas, con hazañas falsas.

—Tiene empeño en que le casque, el muchacho —sonrió Cramer.

—Aguantad hasta el campamento, y os juro que una vez llegados, la primera lección práctica que van a recibir los demás, será comentando la paliza que os vais a dar. Os lo prometo. Os dejaré que os peguéis de veras... y después, los otros, sabrán

lo que se debe hacer y lo que debe evitarse. Pero ahora aquí no pelea nadie, ¿estamos?

—Por mí, puedo aguantar hasta el campamento —asintió Cramer—. Pero una vez allá, te partiré la boca, Murray.

—¡Jajay! —rió, agresivo, el aludido.

Salió Bradock. Los otros volvieron a echarse. Jack Murray se alzó el cinto del pantalón con las dos manos, en clásico gesto matonil, fingió escupir, y regresó a su litera.

Unos formaron grupos para jugar a cartas, otros a los dados, algunos leían, y los más, pensaban... La tensión aumentó progresivamente a medida que por las noches, se daban cuenta al salir a cubierta, de que los cañones antiaéreos apuntaban en constante círculo el cielo, y que cada hombre de la tripulación estaba en su sitio de combate. Pero el barco transporte llegó sin novedad a una bahía en pequeña isleta, donde sólo había una docena de caserones junto a la playa, ocultos bajo el tupido ramaje de una vegetación profusa.

En fila, fueron los primeros en desembarcar los cuarenta enrolados al mando del sargento Bradock. Estaban asombrados, porque en la noche, apenas dejaron el largo embarcadero, el transporte se alejó, y ellos fueron los únicos en pisar tierra.

Ante uno de los caserones, leyó Bradock diez nombres, a la luz de su propia linterna. Añadió:

—A dormir en este alojamiento. Nadie sale hasta que lo ordene.

Pasó, a otro caserón, leyendo otros diez nombres y repitiendo las mismas instrucciones. Al final, cuando quedaban divididos en cuatro grupos, cada uno alojado en caserón contiguo, la voz de Bradock se hizo audible para todos:

—Esta isla se llama Hiwiloa, y somos sus únicos ocupantes. Es el campamento. Os destinan a grandes cosas, muchachos —y la voz del sargento, por un instante, casi pareció humana y compasiva—. Dormid tranquilos, porque mañana empieza el jaleo.

Amanecía, cuando Bradock llamó en cada caserón a dos, explicando:

—Id al caserón marcado con el número 5. Son cocinas subterráneas. Preparad el desayuno, según las instrucciones escritas allí. Los demás, pies desnudos, con el pantalón tan solo, alineados ante los camastros enrollados, apenas hayáis desayunado.

Y a las ocho de la mañana, revisados los caserones, Bradock hizo formar en cuatro filas a sus discípulos. El exótico decorado, la soledad, el plácido mar, influían en el temperamento de los que oían:

—Empezaremos el entrenamiento. No hay aquí hospitales ni enfermeras. Aquel que se corte o se parta, tendrá que ser recompuesto por sus compañeros de grupo. No hay hoteles ni cines. Cada cuál aprenderá a servirse de las provisiones que aquel almacén conserva, y aprenderá a racionarse. Como cine, hay una cámara portátil, cuyos rollos os pondré, para que aprendáis muchas cosas que os hacen falta. Y tan sólo precisáis meteros en el coco, esta única verdad. Lo que ahora os podrá parecer juego, será mañana una posibilidad sobre cien, para que escapéis con vida del

infierno que se aproxima. Lo de África es una batalla de flores de Carnaval, comparado con lo que os espera. Cada grupo sorteará ahora entre los diez hombres, aquel que será provisionalmente el cabo. Y después, el que más sirva, será cabo efectivo. Andando.

Pies desnudos, sin más ropas que el pantalón, siguieron al sargento por entre arboleda y lianas, hasta un paraje, abierto en círculo, donde infiltrándose por debajo de las rocas, surgía el agua del mar, formando laguna.

Bradock señaló el cielo, diciendo:

—El primero que vea u oiga algo semejante a zumbido de avión, dará la voz de alarma, y todos a esconderse. Bueno... Ya es el momento de la primera lección práctica. ¡Murray y Frol!

Los llamados se destacaron, de sus dos grupos. Bradock quedó entre ellos dos.

—Los demás, podéis sentaros. Estos dos mozos están bien contruidos, y se tienen ganas. Van a pelear, y todo vale. Pueden sacarse los ojos y pueden morderse. Después, explicaré los fallos.

Se retiró unos pasos Bradock, y añadió:

—Libres de entrar en acción, números 763 y 758. ¡Adelante!

Jim Cramer examinó al que pisaba la arena unos cuatro pasos más allá. Jack Murray estaba constituido en mole maciza como un cargador portuario, y abombaba con placer el torso voluminoso.

Más esbelto, Cramer poseía la alargada musculatura de un púgil. Los demás, miraban con interés. Un juego...

Jim Cramer alzó la mano izquierda, mientras Murray agachaba la cabeza como un toro que se dispone a embestir.

—No quiero dármelas de generoso, pero sí quiero que sepas, Murray, que tanto si recibo como si doy, luego no guardo rencores. Si me das la gran paliza, pues tan amigos.

—¡Al asunto! —bramó Murray, a la vez que se inclinaba algo más, para avanzar hacia un costado.

Agitaba los nudosos puños cerrados, fieros los ojillos. Era un luchador nato, conocedor de los múltiples recursos de la pelea tabernaria.

Jim Cramer disfrutaba, porque presentía ya que Murray no sólo quería propinarle una paliza, sino además poner en ridículo al «héroe de Hollywood».

Avanzó de pronto Murray una pierna, cuando estaban escasamente distanciados. La pierna debía colocarse tras las de Cramer, y el empujón derribarlo en potente directo.

Saltó Cramer, esquivando la veloz y simultánea agresión, y Murray detuvo con los antebrazos la doble palmada dirigida a cada lado de su cuello.

Respiraron los dos con fruición... Bradock miraba con aburrimiento. De pronto Cramer se inclinó, porque en rauda acometida, Murray pretendía con la cabeza darle a la cara, y enlazarle la cintura.

La diestra abierta de Cramer empujó hacia atrás la frente de Murray, y alzó la rodilla a la vez. Imprecó Murray, dolorido, pero sus dos manos cerradas propinaron sendos puñetazos a los costados, y se desencadenó la acción.

Fueron largos directos los de Cramer, pretendiendo evitar el cuerpo a cuerpo y Murray en corto, asestaba ganchos y poderosos *swings*.

Ambos esquivaban y blocaban con ejercitada precisión matemática, pero durante varios minutos pegaron constantemente, afianzados los talones desnudos en la arena.



*Las bocas de las ametralladoras apuntaban por todas partes...*

Empezó a sangrar Cramer por la boca, cejas y nariz, mientras Murray escupía, un diente, y amoratados los ojos, pegaba con toda su alma, dispuesto a no retroceder.

Era impresionante la dureza con la que los dos esquivaban, blocaban, pegaban y resoplaban, sin moverse del sitio, como bien decididos a demostrar que ambos no cederían un milímetro.

Un zurdazo más acertado, dobló a Cramer hacia delante, y con fatigada alegría, Murray levantó el puño derecho, para bajarlo con veloz ímpetu sobre la nuca...

Se ladeó un poco más Cramer, agotado, y el puño le rozó el hombro, mientras hundía la zurda en el hígado adversario. Murray se puso lívido en una fracción de



segundo, cortado el soplo, pero dio dos puñetazos más...

Y ambos, quedaron sin sentido, con los brazos caídos, tambaleándose, sin llegar a caerse, porque sin proponérselo se sostenían apoyando cada uno la cabeza en el hombro del otro.

Bradock avanzó y empujó con las dos manos. Los dos que acababan de aperrear en martilleo constante de cinco minutos, cayeron sobre la arena, a plomo, desmadejados...

Bradock miró a los reclutas sentados:

—Bien, no ha estado mal la cosa —comentó—. Pegaron los dos limpiamente, y encajan formidablemente. Pero no sirve de lección, porque estaban sin armas. De todos modos, hay que reconocer que pegan lo suyo. ¿Qué pasa, número 745?

—Elemental... Bueno, yo creo, sargento, que habría que echarles agua y darles algo a los dos...

Son mayores de edad. ¡En pie! Iremos allí, donde están las instalaciones. ¡Al trote! Esos dos cuando vuelvan en sí, ya nos encontrarán. ¡Al paso ligero! Puños al pecho... ¡Por hilera de diez grupos! ¡A nueve los otros dos! ¡Mar...!

Los ladridos de Bradock eran de efectiva hipnosis. Los futuros componentes del famoso grupo «Corsarios Anfibios», emprendieron, la carrera hacia el lado oriental, señalado por Bradock.

En la arena quedaron solos Jack Murray y Jim Cramer, tendidos, cubierto el rostro de sangre... Se removi6 primero Cramer, el cual arañó, hasta conseguir arrastrarse sobre codos y rodillas, para llegar con ansias al borde del agua.

Hundi6 la cara y con ambas manos se frotó, gimiendo cada vez que apretaba las magulladuras hinchadas...

—Peste de agua salada —gruñó.

A su lado, Murray sumergido rostro y busto emergió para palpase con cuidado el hígado. Tenía un ojo completamente cerrado y la boca de color violeta...

Miró a su rival y refunfuñó:

—Qué bestia tú... Lo que me costó tumbarte y yo que creía que eras un relamido idiota. Bueno esto no puede quedarse así...

—No. ¡Esto se hincha animal! ¡Cáscaras! Aguantas un rato Murray. Y total yo lo que te pregunto es: ¿Para qué nos hemos dado estopa?

Jack Murray se pasaba ahora las manos con mimo por el rostro y entre los dedos tartajeó:

—Es que me creí que era truco lo de las películas. No puede uno fiarse de los periódicos. Tengo una sed bestial.

—Lo mismo. Vamos al almacén.

Anduvieron los dos en silencio tocándose las doloridas facciones y escupiendo sangre de vez en cuando. Pero entre ambos nacía ya la admiración respetuosa clásica de los matones que encuentran a otro casi tan contundente.

Coñac, esparadrapo, coloidal, fueron manejados durante minutos ante un espejo.

Por fin comentó Cramer:

—Ya va mejor la cosa Murray. ¿Eres irlandés no?

—Vaya que sí. ¿Y tú?

—De allá también. Nacieron mis viejos en Cork.

—¡Anda! Los míos en Airdeal que está a menos de cincuenta millas de Cork. Oye nos dejaron solos los otros.

Con el rostro tumefacto parcheado de esparadrapo, los dos se pusieron en camino hacia la laguna. En silencio llegaron a las «instalaciones».

En un recuadro liso entre árboles y matorrales altos había varias siluetas en madera fingiendo hombres. Sacos colgaban de altos trípodes. Todos estaban sentadas menos un recluta, y Bradock en pie en el centro.

El recluta miraba con recelo un corto cuchillo que tenía en su propia diestra y Bradock estaba explicando:

—... no es la bayoneta antigua más que un trasto difícil. Este cuchillo es mucho más práctico. Y por última vez número 745, o te vas a la cocina de un barco por tres años... Te he dicho que soy un *jap*, y que llevo un fusil.

—Bueno, pero usted no es un *jap*, demonios... Le puedo hacer daño.

Bradock saltó hacia delante, y el recluta movió en aspa el brazo sin arma. Su muñeca armada quedó apresada, dio Bradock un giro, y el recluta se elevó por los aires, pasando por encima de los hombros del sargento y cayendo de espalda, amortiguada su caída porque le retuvo unos instantes Bradock.

Lo volvió a izar, haciéndole recorrer en sentido contrario el arco aéreo. Mareado, el recluta se quedó tambaleándose, mientras explicaba Bradock:

—Esta presa es elemental, de bebé. Si el 745 tuviera práctica, al yo voltearlo, me habría hundido los dedos de la mano izquierda en los ojos. Pero si el *jap*, y están bien entrenados, es rápido, a la vez que voltea hunde el cuchillo en el propio pecho del que iba a atacarle. A tu sitio, 745. ¡Número 759!

Mientras se efectuaba el relevo, miró Bradock a los dos, que acaparaban la atención al aproximarse. Saludó Cramer:

—A la orden, sargento. El compañero Murray y yo, estamos de acuerdo en que valemos un rato. Oiga, sargento: ¿Me da el cuchillo?

Bradock espetó:

—¡A sentaros con los otros! Ya os llamaré por turno.

Cuando llamó al número 758, Jack Murray, levantándose, se acercó a recoger el cuchillo del suelo. Bradock había volteado en diversas posturas a ocho. Murray advirtió:

—Juego peligroso, sargento. Sin querer, le puedo hundir el pincho.

—Vamos a verlo, 758.

—Usted es un *jap*, y yo le ataco. ¡Voy...! —bramó entusiasmado Murray.

Bradock saltó por tres veces, y a la cuarta vez, no asió al corpulento irlandés, sino que hizo un gesto raro. Como si apartara un chiquillo travieso.

Pero Murray dejó caer el cuchillo y se retorció, llevándose angustiado las dos manos, al músculo de unión del cuello con el hombro.

Explicó Bradock:

—Es el pellizco de *jiu-jitsu*. Paraliza unos instantes. La clase de lucha japonesa, todos los días, media hora.

—¡Número 763!

Jim Cramer recogió el cuchillo, e hizo lo que ninguno había hecho. Tantear la punta...

Embistió, y por un instante, pareció haber hundido toda el arma en el pecho de Bradock, pero este arqueado hacia atrás, empujaba con una rodilla el estómago de su atacante alzándole el brazo armado, poco a poco.

Era un atleta consumado, práctico en mil recursos aprendidos en la más difícil universidad: los campos de batalla, en la emboscada nocturna y el asalto cuerpo a cuerpo.

Una llave especial, de *judo* hizo que soltara Cramer el cuchillo, y lo recogió Bradock, para explicar con él en la diestra:

—Para algo soy sargento vuestro, ¿no, muchachos? Y no iba a ser tan estúpido, como para jugarme la piel con novatos. Es aluminio forrado de caucho con un baño de brillo. El muy listo de Frol hizo lo que no se le ocurrió a ninguno. Palpar. Un punto para ti, Frol, vamos a ver si zarandeáis bien los sacos.

Y empezó el más agotador entrenamiento que ningún deportista haya sobrellevado. Carreras llevando cincuenta kilos de peso atados a los hombros, deslizamientos con equipo completo por zarzas espinosas, saltos sobre montones de piedras, luchas, zambullidas prolongadas...

Brutalmente, Bradock empujaba a los vacilantes, mantenía casi hasta la asfixia las cabezas bajo el agua, hacía correr a los que se quejaban de agujetas...

Ninguno le odiaba, porque llegaron a comprender que aquel martirio en que se desollaban, era necesario. Los miembros rotos eran entablillados por cualquiera del grupo, aleccionado ya, y las grasas que pudieran tener al enrolarse, habían desaparecido.

Pero el enemigo más difícil era la soledad. Barbudos, demacrados por el duro ejercicio, ansiaban compañía femenina, porque hacía ya veintisiete días que habían llegado a aquel islote.

Habían soñado con entrar en ciudades asiáticas, ver bailar las legendarias musmés... y por todo horizonte el mar a los cuatro costados, y doce horas de agotador esfuerzo.

El día 28, a las once de la mañana, un «marine» gritó:

—¡Aviones, allá!

Los demás corrieron a refugiarse con cierta consciente técnica, eligiendo sitios en que las rocas, al estallar, no pudieran convertirse en complementarios proyectiles.

En un foso que se prolongaba en pasadizo, Jim Cramer coincidió con Jack

Murray y el sargento Bradock...

—*Jap* —explicó el sargento—. Cinco de bombardeo, y pican sobre los caserones. Tienen informes por pescadores. Mucho honor... —añadió, permaneciendo al borde del foso—. Tres siguen más al norte. Dos van a... Bueno, no sois sordos.

Un estampido fragoroso acababa de atronar el silencioso ambiente, y los rugidos de motores acompañaban la estruendosa música de destrucción.

Dos bombarderos pasaron y repasaron una docena de veces... Duró el bombardeo apenas diez minutos. Empezaron a repiquetear las ametralladoras de proa, cada vez que uno de los pesados aviones, rasaba a menos de cincuenta, metros, caserones en llamas, floresta crepitando, y rocas saltando en pedazos...

Por dos veces, Bradock desapareció en el interior. Jack Murray lívido, gruñía, apretados los puños:

—Y nosotros como topos, como ratones, como gusanos...

—Eso nos toca, muchacho —replicó Bradock—. Son aviones, ¿comprendes? Y mientras vuelan, hay que acurrucarse.

Cuando cesó el rugir de motores, el islote era muy distinto. Los caserones un montón de ruinas, las «instalaciones» un amasijo ardiendo, y la topografía de varios sitios había cambiado.

Bradock pasó lista con sequedad, tras reunir como era convenido en un caso como el recién sucedido, a los futuros «corsarios anfibios».

Alguno empezó a odiarle, porque Bradock no miró... o fingió no ver los tres bultos cubiertos con lona, bajo la que había restos destrozados de hombres que poco antes habían sido jóvenes y atléticos...

Al llamar:

—¡Número 745!

Nadie respondió. Pero hubo uno que estalló, rotos los nervios:

—¡Ahí lo tienes, Bradock! —Y señalaba una lona.

—¡La mitad del 745, nada, más! ¡Las piernas no las hemos encontrado! Pero... si te basta el tronco y la cara... ¡Ahí tienes al que era John Fergus!

Bradock trazó una cruz junto al nombre de John Fergus en la lista. Puños en alto se abalanzó el que había anunciado su muerte... Pero cuando llegaba ante Bradock, se detuvo. Había algo tremendamente enérgico y triste en la mirada fija del sargento Bradock...

El otro fue retrocediendo lentamente, y Bradock siguió pasando lista.

—¡Número 766!

—Muerto —replicó otro.

Al finalizar, Bradock dijo:

—El balance de bajas ha sido escaso. Estos tres muchachos debieron elegir mal el refugio. Es lamentable, pero debéis daros cuenta de que ahora, la vida humana no tiene ningún valor, salvo aquel que vosotros mismos deis a vuestros pellejos. ¡Han muerto tres compañeros! ¡Sí! Y muchos más iremos, cayendo. Los que queden

llegarán hasta el final, si saben esconderse a tiempo y bien. Los compañeros de grupo de cada muerto, los enterrarán. Son ahora las once y diecisiete... A las once y cuarenta en la vertiente del pedregal. ¡Rompan filas!

Y siguió el entrenamiento hasta la noche, en que Bradock anunció:

—No hay cena. Los depósitos han sido hundidos. Espero que, a más tardar, mañana habrá novedades.

A la medianoche llegó una lancha rápida, de la que desembarcó un oficial, que recibió las novedades del sargento Bradock.

A las tres de la madrugada, equipados de nuevo, se alineaban los treinta y siete supervivientes. El oficial anunció, en pie, dando la espalda al embarcadero:

—Tres de vosotros se han quedado para siempre en Hiwiloa. Otros cuatro no podéis tomar parte en la operación que os explicara el sargento Bradock, porque no estáis en condiciones. Han sido nombrados cabos, por puntuación... ¡Jack Murray!

—Presente, señor —dijo, orgulloso, el ascendido.

—Abe Adams, Terence Patterson y Robert Smith. ¡Buena suerte!

Giró sobre sus tacones el oficial, para poco después marcharse con la lancha rápida. En tierra, al resplandor lunar muchos miraron a Jim Cramer, al cual habían considerado como indiscutible «cabo».

Bradock anunció:

—Podéis tenderos cómodamente. Aun tardarán en venirnos a buscar.

—¿En avión, sargento, y con chicas jamón?

—En submarino y con tipos feos como tú, cabo Smith. ¿Pasa algo, cabo Murray?

—Pues verá usted, sargento. Resulta que yo... y los otros, estamos extrañados. Me refiero... ¡habla tú, demonios, cabo Smith!

—Pues que yo creo que Elvin Frol sirve más que cualquiera de nosotros para cabo.

Bradock asintió, y después miró a Jim Cramer:

—Sirve, pero le quieren demasiado al galán. No sé cómo se las han compuesto, pero resulta que con los cuatro inválidos, se irá el señor Frol a Honolulu. El oficial me ha dicho que los magnates del cine han interpuesto una demanda... El caso es que, el señor Frol ha jugado bastante a guerrero, y ahora volverá a Hollywood, llenó de laurel.

—¡Y un cuerno! —saltó en pie Jim Cramer, avanzando con los puños crispados hacia el sargento—. Usted no tiene el menor derecho a hablarme así. Digan lo que digan los magnates y tengan las influencias que tengan, yo firmé, yo me enrolé, y no me pierdo la fiesta. ¿Es que soy un muñeco, es que me considera usted un cobarde, sargento? ¡Me quedo, y a ver quién es el guapo que me lleva a Honolulu!

—Vas a Honolulu, a la academia de oficiales, Frol. Toma... Ésta es la solicitud, y basta con que la firmes.

—Traiga, y saque la pluma —y apenas hubo Cramer cogido la solicitud, la rompió en varios pedazos. Después, rió—: ¿Oficial de academia yo? Vamos, hombre.

¡Lo seré por reaños y por jabato! ¡Pchs! Así soy yo...

Por primera vez, los futuros «corsarios anfibios» conocieron la sonrisa de Bradock, al comentar:

—Creo que llegarás, Frol. Pero los nombramientos están hechos. Vas de compañero con el grupo mandado por el cabo Murray. Y ahora, firmarás la renuncia. Va bien... Hay compañerismo... y es tu primera heroicidad, Frol. Yo no sé si hubiera roto la solicitud de ingreso a la academia. Chicas guapas. En fin, muchachos... ¡Un triple burra por el gran actor Elvin Frol, que nos prefiere a nosotros!

Y los tres guturales vítores unánimes, emocionaron a Jim Cramer. Empezaba a conocer la única virtud de la guerra, según Bradock: el compañerismo que sólo se conoce en el peligro constante y compartido.

Por el agua asomaba ya la lejana estela del periscopio de un submarino y a las cinco de la madrugada, cercano el amanecer, una lancha se llevaba a los cuatro invalidados, brazo o pierna rotos, hacia Honolulu.

El submarino rumbo ignorado, llevaba en su compartimiento tercero, un sargento, cuatro cabos, y veintinueve atletas ejercitados y ansiosos de entrar en acción.

A cuantas preguntas hacían, Bradock enseñaba su reloj, diciendo:

—Exactamente a las diecinueve y quince sabréis el objetivo. De momento, tenéis a orgullo ser designados por el mando con el apelativo de «Corsarios Anfibios», sigla CF en los mensajes de radio. Y como debut, no os vais a aburrir, palabra.

En la nueva lista iban divididos en cuatro grupos de siete, al mando de un cabo. El sobrante fue nombrado enlace de Bradock.

El viaje en aquel estrecho estuche de acero, se hacía monótono, y las horas lentas, por la impaciencia de saber a dónde iban.

Jim Cramer miraba su reloj con frecuencia, dormitando al igual que los demás, sin ganas, nerviosamente.

Por la tarde, a las siete y quince en punto, Bradock indicó:

—Comprobad los cronómetros, cabos. Diecinueve y diecisiete... Bien. En el compartimiento dos, al salir, cada grupo hallará dos botes de caucho, que se hincharán en cubierta rápidamente. Cada cabo lleva sus instrucciones. Ahí van. Mientras ellos las leen, vosotros, escuchad. Haréis cuanto diga vuestro cabo. Cada grupo desembarcará en un punto distinto de una isla llamada Oroulk. Se ignora si en ella hay japoneses. Huyeron de ella los colonos europeos y los indígenas. El mando quiere saber si hay japoneses, para instalarse, y nosotros vamos a averiguarlo. El punto de reunión de los cuatro grupos está señalado en cada plano en poder de los cabos. Desembarca primero el grupo tuyo, cabo Murray.

Jack Murray dobló los papeles donde concisamente se le daban instrucciones clarísimas, adjuntando planos topográficos, y señales convenidas.

—A las diecinueve cuarenta estamos en cubierta, muchachos —anunció, satisfecho—. Y la cosa está clara. Somos conejillos de Indias. Si hay japoneses, nos inyectan. Si no hay, podrá la armada instalarse. Cada cual que recoja sus trastos, y ojo

con la emisora portátil, tú. Va a ser por muchas horas, nuestro único contacto con el sargento, que desembarcará con el cuarto grupo.

No se despidieron. Pretendían disimular, pero estaban inquietos. Empezaba la aventura mortal, de la que muy pocos quedarían.



## CAPÍTULO III

La noche había sido mal elegida, pensó Jim Cramer mientras remaba, o acaso el mando estimaba, que la vida de los «Corsarios Anfibios», o «CF» tenía el valor de un cobayo.

La luna brillantaba la tersa superficie del mar. Hacía ya rato que el submarino había desaparecido. Los dos botes contenían apretadamente a los nueve hombres, que remaban acompasadamente hacia la línea clara de una playa de una isla llamada Oroulk, masa informe y recortada, montañosa, donde podía haber japoneses o no...

A su lado, tenía al práctico en «bazooka», el mortero transportable contra tanques y reductos. Un californiano moreno y alegre, pero ahora ceñudo y pálido, al reflejo lunar.

Los dos botes iban avanzando lentamente, pesados, casi a ras de agua. En el primero el cabo Murray se repetía mentalmente la primera instrucción escrita:

*«Grupo CF, mando cabo Murray, ocultará botes plegados en litoral marcado 66, y remontará hasta amanecer, cotas 16 y 15, acampando lugar marcado 55».*

Y Jack Murray, entre, dientes, dando vigorosas paladas, murmuró:

—Sencillo. Llegamos, deshinchamos los botes, los escondemos, y de excursión. Y mientras, los *japs* que nos ven llegar, se relamen...

Miró en rededor. Una quietud absoluta. Sólo nueve hombres remando en grotescas balsas que, plegadas, no abultaban más que una caja de embalaje de las de manzanas...

Y la masa de Oroulk agrandándose, amenazadora, incógnita que urgía despejar, porque, con razón decía Bradock que lo peor no era el combatir, sino la espera del momento de combatir.

No hacía calor. Apenas un poco de tibieza, y, sin embargo, los rostros de los nueve hombres tenían brillo de sudor, no ocasionado exclusivamente por la paleta, fácil ejercicio para ellos.

Jack Murray podía ya determinar «el litoral marcado 66», en su mapa, porque era una rada perceptible por abrirse entre dos altos peñascos rojizos, coralíferos.

Alzó la paleta remo, para mascullar:

—Recto allí, donde señalo. Y tú dejarás de remar a unas cien yardas, Perkins. Te ocuparás de los dos peñascos.

Perkins asintió. Era el portador del foco, que a solas, en el caso de ataque, debía separarse, y dar luz hacia los agresores, evitando denunciar con su foco a los demás

de su grupo.

Dejó de remar, tensos los nervios. Sí les disparaban antes de tocar la playa, ya daba igual, puesto que estaban localizados, y entonces sólo interesaba tratar de averiguar dónde se hallaban los japoneses.

Unos seres salvajes, extraños, fanáticos, crueles por temperamento, que luchaban con frenesí, convencidos de que muriendo en guerra, reencarnaban en otros guerreros.

La playa rumorosa fue acercándose. Los dos botes encallaron, y sus ocupantes saltaron a tierra, cada uno con su estudiada misión.

Uno deshinchado, y arrastrando el flácido caucho, mientras los otros, corriendo, ocupaban diversas posturas, preparados los fusiles ametralladores.

Los dos botes plegados quedaron sepultados bajo la arena, y los dos que de ello se encargaron, trazaron con las cortas palas, unas señales sobre un tronco cercano.

Ni un leve soplo de brisa quebraba la inmensa quietud del islote Oroulk. Jack Murray había ya dado sus instrucciones, y avanzó seguido por Jim Cramer, quien, a su vez, era seguido, por el portador de la emisora portable.

Otra hilera de tres flanqueaba cada costado un poco más atrás, mientras Murray, en bandolera el ametrallador, remontaba la ladera entre los dos peñascos.

La vegetación era espesa, y parecía habitada, porque a medida que remontaban oíanse susurros, crujidos de ramitas, deslizar de seres desconocidos.

Las bocas de los ametralladores apuntaban por todas partes. Una marcha fatigosa, aunque el terreno fuera poco escarpado. Lenta y esperando a cada instante la sorpresa.

Murray y los demás recordaban cuantas enseñanzas recibieron del veterano. Bradock. Posibles pozos bajo la tierra, cepos, cables eléctricos a ras de piernas, espoletas detonantes...

No eran ya seres civilizados, sino nuevos hombres, acechando y siendo acechados, jugándose la vida en cada segundo, en cada paso...

Y seguían ascendiendo, por entre blanda vegetación herbácea, de tallos que se doblaban sin resistencia. Cuando un pájaro revoloteó, todos permanecieron inmóviles, el índice cerca del gatillo...

A las dos horas de marcha, el que menos nervios tenía, sentía unos inmensos deseos de gritar desaforadamente en la noche.

Jack Murray se sentó, dando con ello la señal de reposo. Y cada cual, al sentarse, lo hizo de modo que todos constituían un cerco encañonando hacia fuera. Estaban en una pequeña planicie. No podían fumar ni hablar. Era casi preferible seguir andando, encontrar ya de una vez al enemigo.

Cinco minutos después, volvían a caminar tras Jack Murray. Y el terreno se hizo más difícil, sin sendero, teniendo que abrirse paso por la maleza, usando los cuchillos muchas veces para cortar lianas y ramajes.

Cuatro reposos de cinco minutos, y, por fin, asomó la primera claridad cuando

Jack Murray, exhausto, se quitó el casco soltando la brida, y dejándolo caer a su espalda.

Estaba ya en el lugar «marcado 55». Un macizo roquizo, elevado, desde el que veían el cerco de agua festoneando de blanco el islote. Hacía fresco.

—Ya estamos —dijo en voz alta, roncamente, Murray—. Hasta que anochezca, aquí. ¡Vaya nohecita!

Rieron nerviosamente todos, cogiendo los termos, sacando los paquetes de cigarrillos, pero formando el cerco dándose la espalda.

—La cosa está clara —repitió Murray—. Si la Armada acude, podrían los *japs* hundirles barcos, y mucha gente, Nosotros, los «CF», somos los exploradores, y me parece que hemos dado en hueso. Aquí no hay *japs*. ¿Tú qué dices, Frol?

Jim Cramer tardó unos instantes en replicar:

—Si los hay, no tienen prisa en asomarse. Lo que tengo es unas ganas de dormir espantosas. No hemos hecho más que andar, y estoy como si me hubieran tundido. Ya me avisará el de turno, cuándo he de tener yo los ojos abiertos.

Dos quedaron despiertos, y los otros, durmiendo profundamente, agotados. No era todavía el bautismo de fuego, sino el aprendizaje enervante de ejercitar el temple en la constante inseguridad, que iba a ser la existencia futura de los «Corsarios Anfibios», el primer grupo que el mando de la armada en el Pacífico, destinaba a ir explorando islotes, hasta llegar a las primeras bases conocidas de los japoneses.

Y al siguiente amanecer se reunieron los cuatro grupos, habiendo ya comunicado el sargento Bradock a la receptora instalada en un portaaviones, que el islote Oroulk sólo tenía como habitantes, treinta y cuatro «CF».

El mensaje de respuesta fue lacónico y una vez descifrado, lo leyó Bradock, y ordenó:

—Al anoecer, los cuatro grupos en el lugar donde desembarcaste, cabo Murray. Nos recogerán a las veinte en punto.

Y siguieron otros dos islotes, Namur y Jawalt, ocupados en las mismas condiciones. Un largo viaje submarino, noches de marcha silenciosa, constante espera de ver surgir japoneses, y los «CF» empezaban a bromear entre sí, con cierta acritud.

Había transcurrido otro mes, y no habían disparado un solo tiro. Pero una larga cadena de islotes empezando por el de Oroulk, y terminando en el de Jawalt, eran ya posiciones yanquis en el Pacífico.

Y el principio de la larga reconquista de bases, esenciales para poder intentar ataques contra las fuertes posiciones ocupadas por los nipones.

El cuarto viaje con rumbo ignorado, en otro submarino, duró dos días y dos noches, y poco antes del amanecer el grupo de Murray, desembarcaba en una isla casi llana, marcada en el mapa como Radawek.

Mientras plegaban los dos botes, amanecía. Esta vez, ellos habían sido el cuarto grupo en orden de desembarco.

Tendían el oído desde que pisaron la arena, porque lo que se percibía, semejante a

una lejana tormenta, podía también ser el crepitar de bombas.

—¡Disparan! ¡Seguro! —gritó Jim Cramer—. ¿No te das cuenta, cabo, que son ráfagas de ametralladora lo que ahora...?

—Cada cual a lo suyo, Frol. Nosotros tenemos que llegar a donde marca el mapa, y reunimos con los demás. ¡En camino!

Y esta vez, los nueve andaban deprisa, con ansias ya de verse por fin frente a enemigos de carne y hueso. La isla tenía poca vegetación y colinas bajas, ondulantes...

Al coronar una de las colinas, Jack Murray se tiró al suelo, y al instante silbaron balas...

Presurosos, los nueve, tendidos en el suelo, buscaban con afán, hasta que vieron una empalizada, a unos doscientos metros, con una plataforma elevada, desde la que asomaban sus bocas dos ametralladoras.

Hasta allá, había varias repliegues arenosos, dunas. Jack Murray se dejó resbalar un poco.

—La cosa está clara. Ya hemos topado con *japs*. Y disparan por el sitio donde desembarcó Bradock, cortándole el paso. Y nosotros, para poder seguir, debemos atravesar aquella casamata. ¡Frol! Tú con Perkins, has de llegar hasta aquella mata roja, a la derecha. Si llegáis allí, le zumbáis a la plataforma. Tú Golbert, vendrás conmigo, y vosotros, apenas empecemos a reptar, abríis fuego. ¿Entendido? Suerte.

Crepitaron las ametralladoras, y la empalizada replicó, desmontando la cresta tras la que se parapetaban cinco «CF».

A izquierda y derecha, pegados a la arena, avanzaban lentamente cuatro más. Se desviaban para poder llegar al punto señalado, y cuando Jim Cramer tocó la mata roja de helechos, vio por entre ellos el primer rostro japonés.

Achatado, grasoso, de rasgados ojos, bajo el casco redondo, el japonés sentado en sillín de ametralladora, disparaba intermitente.

Adherido a la arena, el rostro de Perkins estaba tocando el de Cramer, que musitó:

—Murray está con el *bazooka*. Interesa que abran fuego, aquí, Perkins. Pero agáchate bien, cariño, que sabes que te quiero mucho, y la guerra va para largo.

De pronto, en pie, ondeó el brazo y volvió a tirarse a plomo contra el suelo.

Una ráfaga larga y crepitante pasó por la mata de helechos, mientras estallaba la primera granada de piña, cinco metros delante de la empalizada.

Y entonces, restalló el chasquido del *bazooka*, y en un momento, la llanura ondulada se convirtió en cráter vomitando fuego por cuatro, sitios.

El *bazooka* ametrallaba cada medio minuto, con precisión matemática. La empalizada se había desmoronado, y tras sacos terreros, se parapetaban una decena de japoneses.

En la plataforma, sólo una ametralladora funcionaba. Corrió Cramer en zigzag. Dio un traspiés sintiendo en el pecho un rebote... Saltó a un lado, pareció querer enterrarse, y, por fin, lanzó una granada gritando sin saber qué palabras decía.

Perdió el sentido, gozoso, porque su granada había estallado en el lugar preciso, y por los aires había visto los restos de los dos servidores de la única ametralladora.

Abrió los ojos, en medio de un silencio absoluto. Tenía el tórax desnudo, y un vendaje ciñéndole el pecho. A su lado, bajó la sombra de una palmera, arrodillado, Jack Murray decía:

—¡Qué jabato estás hecho, galán! Tu piñazo resolvió la cosa, porque ya todo fue coser y cantar. No quedaban más que nueve fusiles. En total, quince japoneses de menos. Pero el pobre Perkins palmó. Le dieron de lleno en la cara, porque se entusiasmó. Lo tuyo no es nada, Frol. Un topetazo en el hombro, y tienes buenas carnes. Te quedas aquí, y con tres compañeros me voy a reunir con Bradock.

Mareado, se puso en pie Cramer, agarrándose al brazo de Murray.

—Ya no se oye disparar, cabo.

—En la emisora han hablado los cabos Smith y Patterson. Han llegado junto a Bradock y Adams. ¡Somos los dueños de Radawek!

Cinco muertos costó la ocupación de Radawek, y una mención de honor en la citación del desembarco, a favor del «marine» «CF», Elvin Frol. Destacado por su comportamiento heroico, al acallar una ametralladora japonesa, que impedía el avance de su grupo.

La siguiente operación fue coordinada con otro grupo de «CF», desconocido para el capitaneado por Bradock.

Eran paracaidistas, que fueron sembrados en lluvia diurna sobre un anchuroso islote, por el que caminaban ya los «CF» de Bradock.

Intervino con su cañoneo un crucero, y aparecieron por vez primera aviones en combate sobre el cielo del islote de Arwaekel.

Y en cuerpo a cuerpo, Jim Cramer conoció lo que era luchar a muerte, con saña, ferozmente, contra desconocidos silenciosos, de rostro amarillo, ojos crueles, ágiles y entrenados.

Cuando ocuparon el lugar señalado para ellos, Jim Cramer buscó con la mirada al cabo Murray. Lo vio, encogido, arrastrarse, mientras los otros vigilaban al frente...

Corrió hasta llegar al lado de Jack Murray, que acababa de hundir la cara en el suelo, permaneciendo arrodillado.

Lo levantó en brazos, y demudado, sollozó:

—¡Bestia! No bromees, animal. Dime que no estás... ¡Murray!

Pero Jack Murray, en pie, porque estaba abrazado por Cramer, no podía responder. Estaba muerto, acribillado, y sólo por un esfuerzo agónico, sobrehumano, había podido alcanzar el «lugar señalado».

Y Jim Cramer, llevando en brazos el cadáver, rezaba, avanzando hacia los demás. Conocía el dolor intenso de perder a un compañero preferido. Sabía por qué Bradock «no quería cogerle ley» a nadie, porque dolía demasiado ver morir a un amigo.

En Arwaekel, ascendió Jim Cramer a cabo. El cabo Elvin Frol, con dos citaciones en la orden del día de operaciones de ocupación de islotes.

Y dos meses después, de los treinta y cuatro hombres que habían abandonado el entrenamiento para entrar en el primer submarino, quedaban doce, que fueron enviados a reposar y reponer bajas en el campamento de la isla americana de Radak, en el archipiélago de las Marshall.

En el avión que los llevaba, Jim Cramer, sentado junto al sargento Bradock, comentó:

—Usted está hecho de otra pasta que los demás, sargento. Le he visto meterse en los peores fregados, y aquí está.

—¿Y dónde estás tú, Frol? Conmigo. Creo que también la pasta de los huesos es compacta. Ya vamos llegando, y puedes saberlo, cabo Frol. Tendremos en Radak un par de meses de civilización. Vamos a Instruir otros muchachos, entrenados ya, pero no en fuego. Los «CF» progresan que es un prodigio. Parece ser que en nuestra tierra, ser «marine», tiene hoy más categoría que ser artista de cine. Y ya leerás los periódicos, cabo Frol. Te ponen por las nubes, hijo. Casi parece que tú solo, has robado siete islotes a los japoneses. No me extrañaría que en Radak te esperasen periodistas.

—Al demonio con todos ellos.

—Me consta que no eres el presuntuoso que creí, muchacho, pero tiene sus inconvenientes ser famoso astro pelicularo, tormento de damas. ¡Ahí está Radak! Vaya... Regresamos a la civilización.

## CAPÍTULO IV

Radak, base naval, fortaleza antiaérea, conservaba aún bastantes de los edificios coloniales en pie. Había bares, tiendas y hasta un *cabaret*. Transitaban marineros y aviadores por entre enfermeras y uniformadas de servicios auxiliares. El campamento de los «CF» tenía difícil el acceso, y por ello sorprendió a Jim Cramer que apenas llegado, recién afeitado y bañado, con ropa nueva, suave, sin peso alguno, y al dirigirse hacia el bar cantina del campamento, apareciera una muchacha.

Detonante, porque ni era enfermera ni vestía uniforme de auxiliar administrativo. Era una muchacha rubia plátano, un cromo, desde los zapatos de alto tacón y las medias de nylon gris, el vestido de lanilla, modelando un cuerpo maravilloso, hasta la delicia del rostro ingenuo, de labios gruesos, golosos.

Y se encaminaba directamente hacia él. Jim Cramer silbó entre dientes con admiración, cuando ella se detuvo en frente.

—Hala, sargento —sonrió ella.

—Cabo y gracias, generala.

—No, no... Le han ascendido, ya se enterará. Oiga, ¡con las ganas que tenía yo de verte!

—¡Y con las ganas que tengo yo de saber si usted es una mujer o estoy soñando!

—Me llamo Lilian Harwood, del «Herald Tribune», y tengo pase especial para largo reportaje sobre nuestros héroes. ¿Conque es usted el asombroso Elvin Frol, el hombre que rompe solicitudes de oficial, el león que...?

Decepcionado, Jim Cramer atajó, con sequedad:

—Soy león y rudo, bramando y escarbando ante una criatura tan preciosa, pero que debería estar haciendo calceta y remendando calcetines a su esposo.

—Ya me figuraba que iba usted a ser rudo, Frol. Pero no importa. Todo por la patria.

Saltó ella hacia atrás, asombrada, tendidos los brazos. Riendo, Jim Cramer abatió los suyos, murmurando:

—Perdón... Pero eso «todo por la patria», me hizo pensar que usted iba incluida en el lote. Oiga, váyase, porque es una tentación viva, y no respondo de mis reflejos. Me voy a tomar unas copas al «Bumbum», donde dicen que hay unas coristas que asesinan. Y oiga, si hay más periodistas por allí, transmita el soplo. Le rompo las narices al primero del sexo masculino que me ataque con preguntas. ¿Por qué no haces reportaje al cabo Jack Murray o al pecoso Perkins? Murieron, ya no valen. En cambio, todos quieren saber lo que dice Elvin Frol. Pues sépalo ya, rubia de mis sueños. ¡Elvin Frol envía al cuerno a toda la Prensa y sus lectores!

Ella permaneció quieta, porque la luz de ferocidad que había en los ojos de Jim Cramer, impresionaba... aun a la más avezada periodista.

Jim Cramer se encaminó hacia, el «Bumbum», el *cabaret*. Cuando uno tras otro se hubo bebido cinco dobles de *whisky*, tarareó entre dientes una tonadilla que en el tablado acompañaban esculturales coristas.

Se encogió de hombros cuando a su lado, Lilian Harwood colocaba sobre el mostrador su bolso, y decía:

—No le importará que como mujer y particular, le pida que me invite a un jugo de naranjas, ¿verdad? Gracias... Lo que son las cosas, Frol. Creíamos que era propaganda, y usted, por lo que he oído, le ha cogido gusto a esta vida de peligro constante. Y en Los Ángeles, sus productores, arrancándose los caballos, desesperados.

—¿Bailamos, monada?

Y antes que ella pudiera responder, se encontró enlazada por el talle, yendo hacia la pista. Bailaba bien Jim Cramer, y una hora después, en la terraza del «Bumbum», sentados en amplia mecedora de vivos colores, ella murmuró:

—Una hora que siempre recordaré, Elvin.

—Y yo también, Lil.

—¿Por qué ríes así, casi con pena, Elvin?

—Porque la ocasión es propicia, me gustas horrores, eres una buena chica, y, sin embargo... Bueno, nada, tonterías.

—Dímelas —apremió ella ansiosa, acercándose más.

—Tú estás embobada con Elvin Frol, el actor, el supuesto héroe de Hollywood. No por el hombre en sí. Y por eso mismo, no puedo besarte, no puedo hablarte de amor.

Ella, cerrados los ojos, susurró:

—Me daría igual que fueses camarero, Elvin. Es la primera vez que tengo la sensación de estar ante un hombre de veras. Puedes... besarme, porque quiero que me quieras.

Abrió los ojos, extrañada al prolongarse la espera. Un entrenado «CF» se había alejado sin el menor ruido, y media hora después, en el campamento, Jim Cramer se desfogaba con el sargento Bradock:

—Ahora sí que acabo de ser el mayor héroe de todo el Pacífico. Ella estaba imponente, y no era una coqueta caprichosa, no... Pero claro, influye el ser estrella del cine, que vive películas de verdad. Y si la hubiese besado, habría sido una estafa. Bueno, yo me entiendo.

—Mejor, sargento Frol. Mañana te darán el ascenso a plena formación. Tú y yo vamos a ser los instructores. Debe prepararse un golpe fuerte, porque han dado órdenes severas. Un campamento aislado con más de dos mil bisoños.

—Mejor. Aislados y sin que me aparezcan enamoradas de Elvin Frol.

\* \* \*



Elvin Frol cumplía la promesa hecha a Jim Cramer. En su chalet montañoso leía semanalmente la Prensa que, LI-Yung traía de distintas ciudades, desde las que remitía también telegramas firmados «Jim Cramer» a los padres de éste.

Fue enterándose del ascenso a cabo, de las citas, del heroísmo, del ascenso a sargento de «Elvin Frol», que ahora instruía en un lugar ignorado, nuevos «CF».

Y leía unos reportajes apasionados firmados por Lilian Harwood, en los que se traslucía el sincero amor de una periodista, mujer que confesaba públicamente que «Elvin Frol», al que sólo pudo entrevistar por una hora escasa, era un superhombre.

Y el verdadero Elvin Frol, tenía remordimientos. El largo tiempo transcurrido le había hecho apreciar aún más a su doble, al hombre que terminaría por morir... con tal de que a su madre no le faltase una nevera.

Era ridículo, pero aquella frase de Jim Cramer, se había incrustado en el cerebro del actor, y poco a poco, fue decidiendo que la farsa debía terminar.

Cuando regresase LI-Yung, emprenderían viaje a Los Ángeles, y allí diría la verdad. Que recuperase su personalidad, el hombre, que según el reportaje de Lilian Harwood «no podía abandonarse a amar, porque creía ser amado por actor famoso, no por hombre».

Acababa Li-Yung de escribir el telegrama habitual, que desde puntos distintos enviaba cada semana, cuando se quedó inmóvil, pero siempre impasible.

Contra su costado acababa de percibir una presión muy significativa. Y al otro lado, otro individuo le quitaba el impreso escrito, aun húmedo.

—Sin rechistar, LI-Yung —conminó uno de los desconocidos—. Te aso si das una sola vocal.

Li-Yung, impasible, caminó entre los dos hombres, que abandonaron la central telegráfica, dirigiéndose a un «Pontiac» negro, cuyo chofer mantenía en marcha el motor.

—Entra calladito, LI-Yung —aconsejo el mismo que había hablado.

Obedeció el criado chino, sentándose junto a otro individuo. Quedó casi estrujado al sentarse el de la pistola en el bolsillo.

En el asiento delantero, medio vuelto, se sentó el cuarto «gángster». Y arranco el coche, mientras el que había esperado atrás, decía:

—No tengo mucho tiempo que perder, amarillo. Me ha costado trabajo y billetes dar contigo. Te vamos a dar suelta y te meterás en tu coche, bueno, el coche de Frol. Lo conducirás hacia donde está tu amo. Y fíjate bien, LI-Yung, en la diferencia que va de ganarte mil dólares, a recibir unos cuantos plomos en la cabeza. Daremos igual con tu amo, nos lleves o no. Pero te quedarás tieso, si pretendes hacer algún truco. Entiéndelo bien. Ahora arrimaremos este coche al de tu amo. Subirás al volante del tuyo, y para nada bajarás hasta no llegar donde se esconde él. Mil dólares para ti, si cumples. Plomo caliente, si te sientes tunante.

Li-Yung asintió, siempre impasible. Poco después, ocupaba el volante del «Cadillac» alquilado a su nombre, pero pagado por Elvin Frol.

Meditaba mientras conducía... ¿Secuestro? ¿Chantaje? Bien, Elvin Frol era rico, y aquellos cuatro individuos le matarían a él, un pobre criado chino, «si se sentía tunante».

Millas y millas, hasta que coronaron los dos coches, la cima del monte, en el que, entre naturaleza espléndida, se hallaba el lago y el chalet refugio del actor.

Frenó Li-Yung su coche, esperando. Bajaron los otros cuatro, y el que parecía llevar la voz cantante, ordenó:

—Pie a tierra, LI-Yung. Has cumplido. Adelante, y anúncianos a tu amo.

El chino abrió con su llavín la puerta, entrando en el vestíbulo, desde el que al fondo se divisaba en un sillón, a Elvin Frol en atuendo cómodo, camisa a cuadros, pantalón vaquero y botas cortas.

—Adelante, LI-Yung —le dijeron desde atrás.

Seguido por los tres «gángster» —uno habíase quedado al volante—. LI-Yung avanzó hacia el salón.

Extrañado, Elvin Frol se puso en pie, soltando la pipa que fumaba.

Li-Yung, dijo:

—Estos señores me obligaron a acompañarles hasta aquí, señor.

Elvin Frol se sobresaltó, rígidos los músculos. Sólo un disparo, seco, en la nuca del chino, que se dobló hacia adelante, reventado el cráneo.

Y no se había aún disipado el rumor de su caída, y se elevaba aún la columnilla de humo, cuando el que había disparado avanzó, pasando por encima del cadáver, y dijo:

—Contra usted nada, señor Frol, al contrario. Pero este amarillo ya dio cuanto podía de sí. Fue discreto, pero ahora tenemos mucho interés en conservar el máximo secreto. Siéntese, por favor, señor Frol. Me llamo Bunker, y estos dos no tienen importancia. Sólo saben disparar. Yo soy el que hablo.

Bunker se sentó ante el aturdido artista de cine. Era un hombre bien parecido, semejante a un próspero hombre de negocios. Hablaba con precisión, casi persuasivo...

—Yo soy meramente un portavoz, señor Frol, pero me han pagado bien para poner en marcha mi organización. A determinada sociedad, que llamaremos «Tokio» provisionalmente, les entrañó el valor rayano en deseos de suicidio de un corsario anfibio llamado Elvin Frol, actor famoso de la pantalla. Un hombre bien acostumbrado, que se negaba a ser oficial, y después persistía en no serlo, cuando ya había dado excesivas pruebas de heroísmo...

Elvin Frol escuchaba con atención, empezando ya a reponerse. Junto al umbral, en pie, a cada lado del cadáver, los dos «gangsters» parecían pensar en sus propios problemas.

—El caso es que, «Tokio» me encomendó averiguara si Elvin Frol no tenía un doble. Por allí empecé. Sí, había un doble, un tal Jim Cramer. Decían en los estudios que al versé sin empleo, Jim Cramer estaba recorriendo los estados, como prospector de minas. Lo mismo dijeron sus padres. Pensé entonces en LI-Yung, su criado. Tengo

el telegrama dirigido a los padres de Jim Cramer. Se deduce que usted ha pagado bien por la vida de Jim Cramer.

—Puedo ser Jim Cramer —silabeó, fríamente, el actor.

—No me haga reír, señor Frol —dijo, secamente. Bunker—. Me han prometido un millón si logro convencerle. Fíjese, un millón... Y soy un hombre de negocios, si son buenos. Éste lo es.

—Matar a un pobre oriental, es mal negocio, señor Bunker.

—Por discreción, me vi obligado a hacerlo. El asunto es grandioso, señor Frol. Usted tiene dinero sobrado, pero quizá la oferta de «Tokio» le agrada. Cinco millones para usted.

—Mucho dinero, en efecto. Dos años de contrato suponen.

—Se los puede ganar en media hora. Claro que esta media hora puede presentarse pasado mañana o dentro de dos años. El caso es sencillo. Hoy, Jim Cramer le substituye en el Pacífico. Mañana... usted substituirá a Jim Cramer, cuando «Tokio» lo ordene.

—No comprendo. Y me reputan inteligente.

—Tal es la opinión de «Tokio» y mía. De patria, no vamos a hablar, señor Frol. Seré práctico. Desde este momento, somos cuatro, que nos turnaremos para vigilarle aquí mismo. Usted me explicará el trato que hizo con Jim Cramer, y lo cumpliremos. Llegado el momento de substituir a Cramer, usted puede engañarnos. Perdería cinco millones, y si no le afecta, sería el responsable de la muerte de los tres Cramer. Si cumple, vivirán los tres Cramer, y usted habrá ganado cinco millones.

—La elección no es dudosa, Bunker. Pero aclare...

—Usted es un héroe allá. Ha ascendido a sargento y se está preparando una gran operación de desembarco. ¿Dónde? Esto sólo lo sabrán a la hora «H», pocas personas. Entre ellas, el héroe Frol, que se limitará a comunicar dónde es el desembarco, para el que en Radak se están preparando dos mil «marines».

—Hay un fallo evidente. No, no... Negarme sería estúpido. Pero puedo fingir aceptar, y ustedes se encargarían de la suplantación, manteniendo preso a Jim Cramer. Pero yo luego, al estar en lugar seguro...

—No hablará —sonrió, amablemente, Bunker—. Prescindamos de que perdería cinco millones y que morirían los tres Cramer. Usted caería también, y escucha, señor Frol. No se engañe conmigo. He cobrado cincuenta mil a cuenta, y me quedan por cobrar novecientos cincuenta mil dolares, si usted cumple. Si usted revela la verdad, ha terminado como actor y como hombre, porque... ¡tarde o temprano yo y mis colegas le cogeríamos, Elvin Frol!

Y bajando la voz, Bunker añadió:

—La muerte de Li-Yung le parecería a usted una delicia, comparado con la serie de tormentos que le aplicaría «Tokio», y para los que yo y mis tres socios, con sumo gusto, nos ofreceríamos como verdugos voluntarios.

Elvin Frol alargó la mano para coger de nuevo su pipa, que encendió con manos

firmes. Echó una bocanada de humo, y su rostro evidenció un elegante cinismo, al decir:

—Una película genial, Bunker. Usted busca el millón, y me ofrece cinco. Una gran suma, por un simple informe. Además, existe una gran ventaja.

—¿Cuál?

—Para substituir a Cramer, ustedes lo guardarán a él. No me importaría mucho que él desapareciera, ante mis ojos, terminando el asunto. Yo me retiraría pretextando enfermedad, cuando ya supiera los datos que interesan a «Tokio». Pero después... vivo Cramer, podría descubrirse el asunto, Bunker.

—Da gusto entenderse con usted, señor Frol. Le prometo que no habrá indiscreciones después, y que a usted perjudicarían enormemente.

—Cramer me insultó. Aceptó, porque le di bastante dinero. Pero oiga, Bunker, tal vez a «Tokio» le pueda yo servir en otras operaciones. Y para ello, quiero primero tener el personal placer de suprimir personalmente a Jim Cramer. Es mi única condición. Una debilidad, ¿comprende?

—Magnífico, señor Frol. Pero no se descuide. Puede usted pretender engañar.

—Vamos, vamos, Bunker. Ni yo ni usted vamos a matar la gallina de los huevos de oro. Yo la soy para usted, y usted la es para mí, ya que es el embajador de esa rica sociedad de espionaje llamada «Tokio».

—De acuerdo, pero sigue en pie lo dicho. Dos de nosotros nos turnaremos constantemente, y basta presenciaremos su baño, señor Frol.

—No me molesta. Todo sea por los primeros cinco millones, señores. Pónganse cómodos, que yo sólo en las películas peleo contra más de uno. Pónganse cómodos, señores. En realidad, somos ya asociados en gran empresa de convincentes dividendos.

## CAPÍTULO V

En el campamento de instrucción de los «marines», una gran alambrada circular y patrullas, impedían la salida a quien no estuviera provisto del correspondiente pase. Tampoco podía entrar nadie que no perteneciera al cuerpo entre cuyos instructores se encontraba el sargento Elvin Frol.

Jim Cramer llevaba cerca de dos meses entrenando en el campamento de Radak, y causaba extrañeza que las tres horas libres del día, no las aprovechara para salir a recorrer, como los otros, la ciudad.

Un luchador profesional, de Chicago. Elmer Tarleton, aseguraba a quien la quería escuchar en privado, que él conocía el secreto de la extraña actitud del sargento instructor.

Decía que no salía fuera de las alambradas del campamento, por temor de que alguno de sus subordinados, magullado en los entrenamientos le rompiera la cara.

—... porque es cosa muy distinta darle a uno la gran paliza, so pretexto de adiestrarnos para futuros combates, a tener que pelear de veras. Yo mismo le rompería la cara a gusto a este astro de la pantalla, que se cree un héroe.

El sargento Bradock era el único que sabía el secreto, porque no ignoraba que constantemente su compañero recibía cartas firmadas por la periodista Lilian Harwood, que parecía no querer marcharse de Radak.

Y Jim Cramer, a quien los bombardeos no alteraban ya, se ponía nervioso cada vez que el cartero regimental le entregaba carta.

Las cartas solían terminal más o menos en idéntica forma:

*«Es incomprensible que no aceptes entrevistarte conmigo, Elvin. Si yo fui para ti una simple compañera de baile durante una hora, dímelo. Pero en un valiente como tú, no está bien el rehusar verme».*

Comentándolo con Bradock, decía Jim Cramer:

—Es una buena chica, y lo sé, porque hay presentimientos que no fallan. Y yo no puedo engañarla.

—Tú sabrás lo que te haces, muchacho, Pero cuanto más te recluyas aquí dentro, más te escribirá ella.

El único deseo de Jim Cramer era volver pronto a experimentar las sensaciones embriagadoras de recorrer selvas en islas alejadas de toda civilización.

Pero pese a su deseo de abandonar el campamento, a no ser para embarcar con

rumbo ignorado, hubo algo que le impulsó a salir.

La carta más reciente que recibió firmada por Lilian Harwood, era breve. Decía:

*«Viernes noche embarco de regreso a Nueva York. Te esperaré por la tarde de seis a nueve, en el “Bumbum”, donde nos conocimos. Me avergüenza suplicarte que seas cortés. Ven y nos diremos adiós».*

*«Lilian».*

Lo que aumentó el contenido deseo de ver a Lilian y que le sirvió de excusa a sí mismo, fue que aquel mismo viernes, el luchador Elmer Tarleton, por la mañana, en un descanso, simuló no darse cuenta de que, estaba cerca Jim Cramer, para decir a otro soldado:

—Lo que tengo muy dicho, y repito. El sargento Frol no se asoma por fuera, por si acaso...

—¿Por si acaso, qué, guapo? —preguntó Cramer, acercándose más.

Elmer Tarleton fingió sorprenderse. El otro soldado prefirió apartarse.

Elmer Tarleton, metro noventa y ochenta y ocho kilos bien musculados, replicó, ceñudo:

—¡Oh, nada, sargento! Era hablar por hablar.

—Hablemos, pues, Tarleton.

—Usted es mi sargento, y yo me tengo que callar por el aquello de la disciplina militar.

—No me hagas reír, Tarleton, que tengo los labios, muy partidos. Estamos los dos solos, y los otros no oyen. Habla, pues, de Tarleton a... Frol.

—Pues ahí va, Frol. Una cosa es tundirnos sobre la colchoneta, en instrucción militar, y otra zumbarnos de verdad. Yo digo que usted le tiene algo de susto a que saliendo le zumbe alguien, estropeándole el físico.

Jim Cramer sonrió satisfecho.

—¿Y tú crees ser ese alguien, no? Escucha. Tarleton. Pesas cinco kilos más que yo, y me llevas cinco centímetros. Te sabes todos los trucos y en la calle me llevas una ventaja, porque, tú aprendiste a luchar por profesión. Y yo de antemano te digo que me ganas, si esto te ha de contentar.

—Vamos... Se raja usted.

—Casi. Pero con todo lo luchador que eres, puedo afirmarte que te daría yo más que a una estera, si por ejemplo hicieras algo que no me gustase.

—¿Y qué puedo yo hacer que no le guste, jefe? —preguntó, burlón, Tarleton.

—Calentarme la sangre. Pero pelear de mentirijillas no me agrada. En cambio, si me revientas, te zumbo yo a ti. Un ejemplo: esta tarde saldré. Si tanto te pica el meterme mano, tienes la ocasión propicia. Me espera una chica. Búscame, y molesta

a la chica. Te prometo, Tarleton, que si lo haces, se me calentará la sangre y vas a lamentar haberme encontrado las cosquillas, con todo lo campeón que eres. Y ahora, tan amigos. Vamos a trabajar.

A las siete de la tarde, en el *cabaret* «Bumbum». Lilian Harwood miraba nerviosamente su reloj de pulsera. Había elegido una mesa en la terraza posterior, junto a las cristaleras, y desde ella veía la entrada.

Sintió que su corazón repicaba gozoso al ver aparecer a Jim Cramer, aunque también le daba pena saberse enamorada de un hombre que no quería corresponderla a ella, por creer que era «cinemanía».

Jim Cramer fue atravesando la pista, camino de la terraza. Y al llegar junto a la mesa donde ella sonreía, dijo bruscamente:

—Hola, Lil. Me debes considerar un fatuo espantoso. Bueno, el caso es que eres una gran chica y no te mereces que yo... ¿Qué pasa, Lil?

—Es estúpido, Elvin, pero me dan ganas de llorar.

Sentándose a su lado, bajo el parasol, Jim Cramer, confuso, murmuró:

—Estás enamorada de Elvin Frol, muñeca, el gran actor.

—Yo comprendo que no tengas confianza, que me creas una caprichosa, una necia... porque es imposible que en una sola hora, yo...

—En el mismo tiempo, también me enamoré.

—¡Elvin! —sollozó ella, extasiada.

Y el nombre del actor devolvió a Jim Cramer la serenidad.

—Bueno, Lil, no empapes el mantel. Tú embarcas esta noche y verás como lejos olvidas a Elvin Frol. Ahora de lo que se trata, es de que bebamos unas copas, bailemos y nos despedamos buenos amigos.

—Sí, Elvin.

Bailaron silenciosamente, hasta que ella en la mesa, dijo:

—Ha sido otra hora magnífica, Elvin. Si fueras amable, me acompañarías hasta bordo y allí nos despediremos.

—De acuerdo.

Pagó Cramer las consumiciones, y cogiendo del brazo a Lilian Harwood, atravesó la pista, seguido por miradas de envidia masculinas, y de admiración femenina...

La noche era tibia y luminosa en la avenida que conducía a los muelles. Las palmeras recortándose en el fondo cobalto del mar y los setos floridos, convertían la avenida en paseo grato a las parejas.

Ella rió nerviosamente, mientras cogidos del brazo, se acercaban a los muelles.

—Cuéntame el chiste, Lil.

—Luego... Tiene gracia, ¿sabes? He estado dos meses escribiéndote para verte, y sólo has venido hoy. ¿Ves aquel yate que tiene luz azul en el extremo del palo, mayor?

—Lo veo.

—Embarcaré en él —y volvió ella reír.

Lo atribuyó Cramer a nervios contenidos. Siguieron andando en silencio, hasta que llegaron al embarcadero donde atracaba un yate lujoso, de mil toneladas.

En proa, con letras doradas, se leía:

### «KIOTO»

—¿El dueño es tu papá? —Trató de bromear, con nacientes, celos, Jim Cramer.

Ella se limita a sonreír, y mientras subían la pasarela, replicó:

—A lo mejor, conoces al dueño.

Estaban ya en cubierta, y ella se dirigía hacia las cabinas centrales. Abrió, dando acceso a un lujoso salón.

Señaló uno de los sillones y dijo:

—Aquí te espero, Elvin.

—¿A qué viene todo este misterio, Lil?

—En aquel salón hay un amigo tuyo.

—¿Mío?

—Te llevarás una sorpresa, Elvin. Anda...

Jim Cramer, extrañado, se aproximó a la entreabierta puerta, la empujó, y apenas cruzaba el umbral, se cerró a sus espaldas la puerta.

Miró al que estaba sentado tras una mesa despacho. El director Frank Talbot...

A su lado, estaba Elvin Frol, y a cada lado de la puerta, dos desconocidos. Jim Cramer, saludó con un ademán:

—Buenas noches, señor Frol. ¿Qué sucede?

Se aproximó a la mesa, y cuando casi la tocaba, esperando respuesta, en su nuca chocó con fuerza una matraca de goma, repitiendo por dos veces, Bunker, el golpe.

Los otros tres empezaron a desvestirse con rapidez al desvanecido Cramer, mientras Elvin Frol, poniéndose en pie, se quitaba el batín, apareciendo en paños menores.

Fue, revistiendo las prendas y objetos personales de Jim Cramer, que entre dos, atado de muñecas y tobillos, fue llevado por otra puerta distinta a la que entró.

Ajustándose la corbata kaki, ante un espejo, dijo Frol:

—Estamos de acuerdo, Talbot, en que eres un talento, y algo así como el lugarteniente de «Tokio». Me conoces mejor que Bunker, y sabes que tengo mis caprichos. Bunker quiere matar a la muchacha periodista, y éste es un privilegio mío.

—No te supuse tan sanguinario, Elvin —sonrió ácidamente el director de cine—. Yo sin ti no tenía películas... Y «Tokio» está ya convencido de que eres tal como te describí, pero vamos... estos deseos de matar personalmente a Cramer y su chica, no acabo de entenderlos.

—Es muy sencillo. Jim Cramer aceptó substituirme, pero me dijo de todo, y tuve que aguantarme. Encerrad a la chica con Cramer. Que pasen una luna de miel con mucha hiel. Y a mi regreso... vivitos y coleando los dos, o me retiro del negocio. Hay más... La periodista nos podría servir. Hay que pensar en ello.



—Tienes razón. Bueno, Elvin, confiamos en ti. Sabes ya todo lo relativo a Jim Cramer... y sabes también que en el campamento tenemos espías nuestros, por los que hemos sabido que hoy terminaban los entrenamientos, y mañana seguramente habrá salidas de fuerzas hacia puntos ignorados. Estos puntos... tú los sabrás. ¿Quieres despedirte de Cramer y la chica?

—Prefiero saludarles a mi regreso. Cuando obtenga, los informes, y te los comunique a la convenida receptora, ya me dirás, dónde anclará tu yate.

Y Elvin Frol, sargento «CF», abandonó el salón, para encaminarse hacia el campamento de Radak.

En el sollado más bajo, en gambuza forrada de capas de corcho para aislarla, Jim Cramer fue recuperando lentamente el sentido. Se frotó primero la nuca, y después, a la escasa luz de una linterna colgando en enrejado del techo abovedado, se miró...

Llevaba por toda prenda un mono azul de tela recia. Se incorporó lentamente, tratando de comprender...

El compartimiento que era celda, no tenía tragaluz, y la puerta metálica ajustaba herméticamente desde fuera. Lo recorrió, tanteando las paredes.

Se detuvo en su estudio, porque acababa de abrirse un pequeño cuadro a sus espaldas, y a través de un enrejado metálico, divisó el rostro del director Frank Talbot.

—Hola, Cramer.

—¡Dios! ¿Qué pasa aquí, Talbot? —Y añadió exasperado, acercándose a la rejilla—. Me tienen aquí como un gorila enjaulado. Elvin Frol me miraba con mala sonrisa. Aquellos cuatro tipos... Me confié, ya que estando presente Frol y usted... Pero ahora... ¿qué mil demonios de cochina trampa hay en este asunto? ¿Por qué me han quitado mi ropa?

—Porque ya no la necesitará más, Cramer. Usted ya desempeñó su papel, y por cierto que lo hizo espléndidamente. Ahora ya le substituye Frol, pero no lo acabaría de comprender. No piense escaparse de aquí dentro, Cramer.

Atragantándose, Jim Cramer, crispados los puños libres a su espalda, quiso saber:

—¿Fue Lilian la tórtola de la trampa que no acabo de entender?

—Oh, no... La periodista le quiere mucho, y ayer la convencí de que yo estaba muy interesado en que Elvin Frol volviera a los estudios de cine. Y ella se prestó, porque le quiere... o quería a Elvin Frol, y sufría pensando en que las islas están infestadas de japoneses. La lástima es que ahora, y no pudiendo atraerle hasta aquí más que con Lilian, ella seguirá su suerte, Cramer. Es su vecina de alojamiento.

—¡Oiga, Talbot! Maldito sea si entiendo nada de nada, pero fíjese bien lo que digo... Que no le pase nada a Lil, o de lo contrario...

La rejilla se cerró al correrse la cobertura metálica. Durante unos instantes, Jim Cramer se desfogó insultando, aporreando con los puños las acorchadas paredes cóncavas...

Por fin se dejó caer abatido, apoyando la cabeza en los antebrazos cruzados sobre

las rodillas. No supo el tiempo que pasó, hasta que por debajo, la puerta se abrió en una altura de veinte centímetros, y fue empujada desde fuera una bandeja de bakelita, conteniendo platos del mismo material.

La pequeña compuerta se cerró, mientras Jim Cramer contemplaba furioso la ensalada rusa, el pescado frito y el bisté con huevos, y la bolsa de goma que, abierta la boca, enfrió la garganta febril de Jim Cramer con agua helada.

Y mientras comía, Jim Cramer se preguntaba en voz alta:

—Pero ¿qué cochina trampa es ésta?

\* \* \*

Elvin Frol bajó la pasarela y caminando marcialmente, pasó por entre hangares de almacenamiento y torretas de cañones antiaéreos.

Le era agradable recibir el saludo respetuoso dirigido a las cintas de condecoración de la camisa kaki... ganadas por Jim Cramer.

Doblaba la esquina de un hangar, cuando ante él surgió un soldado, que tendría unos cinco centímetros más de altura, y un rostro achatado, bestial. Le saludó invitándole:

—Aquí mismo, sargento Frol. Lo lamento, pero perdí tiempo buscándole a usted con su chica, y les vi salir del «Bumbum». Había mucha gente y les seguí hasta el yate. Pero ahora, fíjese qué bien... Nos metemos aquí, dentro y al asunto.

—¿A qué asunto, amigo?

—¡Qué amigo ni qué ocho cuartos! Soy Tarleton, y si le ha mudado la voz el pánico, sepa que le voy a zumbar.

Elvin Frol sonrió:

—Estoy acatarrado. Tarleton. Pero no tengo ganas de que me zumbe.

—Pero ¡yo sí! Venga, cobarde...

—Tengo asuntos mucho más importantes que...

Elmer Tarleton avanzó muy rápidamente la diestra, asiendo por la corbata a Elvin Frol, y atrayéndolo al interior del vacío almacén, lo zarandó.

Elvin Frol, sin perder la serenidad, levantó la pierna. El puntapié fue esquivado por Tarleton, que retrocediendo gritó:

—Vaya... Ya te vas calentando la sangre, ¿no?... Cuando te recojan hecho una piltrafa, yo diré que estabas borracho, y me pegaste. Tenía ya ganas de cogerte a solas. Me reventaba que todos te considerasen el *as* de la lucha, el que se sebe todos los trucos, el héroe del cine y de las islas. ¡Anda, valiente, atrévete ahora!

—No seas tonto, Tarleton, y apártate de la puerta.

—¿Quieres salir, no? Pues primero pídemelo permiso.

—Te pido permiso —sonrió Elvin Frol, empezando a perder la paciencia.

—¡Pues no te lo doy! —rió, gozoso, Tarleton, y se abalanzó, adelantadas las manos.

Elvin Frol saltó a un costado. Era fuerte, y hacía una hora diaria de gimnasia, y mucho deporte. Pero sus dos puñetazos expertos se perdieron en el vacío...

Se vio sujeto desde atrás por el cuello en la «llave Nelson». Sintió crujir sus vértebras, y de pronto, empezó a notar que le iba faltando la respiración...

Junto a su oído, Tarleton exultaba:

—Después te voy a dar un torbellino que te va a elevar hasta el techo. Pero, chico, me has desilusionado. Te dejaste cazar como un novato, sargento Frol.

Elvin Frol trató de asir con sus manos el cuello de su agresor, pero la «llave Nelson» se lo impedía...

Súbitamente, oyó un sordo gemido, y se aflojaron los brazos que le rodeaban los sobacos, y las manos aplicadas en su nuca, se abrieron...

Oyó la caída de un cuerpo, y volviéndose, mientras giraba con cuidado el cuello, vio a Bunker, el jefe de los pistoleros al servicio de Talbot y del misterioso «Tokio», que volvía a colocarse la matraca de caucho en el bolsillo.

—Le seguía, señor Frol, y no ha sido superfluo. Se ve que este luchador le tenía jurada una paliza fuera del campamento a...

—Bien, cuando despierte, quedará convencido de que el sargento Frol tiene muchos recursos. Gracias, Bunker.

—A su servicio —sonrió siniestramente el pistolero...

Quedó a solas en el suelo Elmer Tarleton, que cuando volvió en sí, viéndose en el suelo, trató de comprender... Por fin gruñó, congestionado de rabia:

—¡Este condenado Frol se las sabe todas! Me aplicó el golpe del conejo... Pero, hubiese yo jurado que le tenía bien sujeto... Y ahora, en el campamento se va a vengar... ¡Condenación!

En el campamento, los dos soldados de centinela en la puerta principal, saludaron con respetuosa sinceridad al sargento Frol, que había estudiado perfectamente de memoria la topografía, costumbres, horario, personal, de todo el campamento.

Unos datos que sólo alguien del interior podía haber proporcionado a «Tokio». Lo cierto es que debía desconfiar de todo el mundo allí dentro, hasta del propio sargento Bradock, compañero de habitación de Jim Cramer...

Cualquiera podía ser el informante de «Tokio».

A las nueve en punto, entraba el sargento Bradock.

—Hola, Frol. ¿Qué? ¿Hay boda con la chica?

—Embarcó ya.

Bradock miró con curiosidad a Elvin Frol. Y dijo, rascándose la sien:

—Será el amor.

—¿Qué amor?

—Estás... como cambiado. No acierto a comprender en dónde está el cambio. A lo mejor, será que has pasado un rato tan delicioso con la periodista, que el alma te baila de gozo. El caso es que me pareces distinto. Bueno, no hagas caso, chico. Me tomé un par de *whiskies* de más. ¡Ah! Ahí está Tarleton, que quiere hablarte.

Elvin Frol salió, y en el corredor vio a Elmer Tarleton, que saludó rígidamente:

—A la orden, sargento Frol. Y muy agradecido.

—¿Por...?

Miró Tarleton atrás y adelante, y al comprender que nadie podía oír, dijo sumisamente:

—Se contentó usted con darme el golpe del conejo, y no me pateó. Y no se chivó... perdón, no dio usted parte. Gracias. Y mire, jefe... Es usted un tío con toda la barba, porque yo le tenía bien cogido en la «Nelson», y no hay profesional que se me hubiese escapado, y en cambio usted se zafó y en un santiamén me dio en toda la nuca. Y hubiera podido patearme. Es usted un gran tipo, sargento. Y cuente conmigo cuando empiecen las castañas de verdad. ¿Puedo retirarme?

—Buenas noches, Tarleton —sonrió Frol.

Regresó al alojamiento, tendiéndose en la cama de Jim Cramer. En la otra litera, Bradock, tumbado cara a la pared, dormía...

Y Elvin Frol fue meditando en todas las dificultades que le esperaban. Si podía ver, a un superior, alguien en el campamento lo comunicaría...

Tenía que esperar... con tanta impaciencia como en la celda del yate esperarían Lilian Harwood y Jim Cramer, dos vidas en peligro...

## CAPÍTULO VI

Eran las cuatro de la madrugada. La primera noche que Elvin Frol dormía en una litera no muy blanda de un campamento militar. Se despertó, porque le sacudían por el hombro.

—Rápido, muchacho. Están convocando a los jefes de grupo. Reunión en el polígono central.

Se vistió aceleradamente. Estaban bien informados en el yate. Habían terminado los entrenamientos.

Siguió a Bradock, apretándose la canadiense, porque hacía fresco. Llegaron cinco minutos después al sótano central, refugio contra bombardeos, donde estaba también el polígono de tiro, y las dependencias del Estado Mayor.

Llevaba Frol en el bolsillo de su camisa, la nota que había escrito bajo las sábanas, al cerciorarse que Bradock dormía de veras.

Era el jefe del campamento de la sección «marines commandos», el coronel Almstrom. Lo difícil era hacerle llegar la nota sin ser visto. El contenido era expresivo:

*«Sargento Elvin Frol al coronel Almstrom.*

*»Es de importancia urgente que usted me convoque privadamente. Hay espías en el campamento, y si se descubre que hablo con usted, sin una razón lógica, corren peligro muchas vidas».*

En la sala de planos, se reunían ya los componentes, de los cuadros de mandos, sentados en bancos, como en la escuela. Al fondo en un estrado, una mesa y varias sillas...

Tras el estrado, la colección de mapas luminosos... Elvin Frol vio la otra sala, donde la abierta puerta dejaba siluetaarse los uniformes de varios oficiales de la Armada, y el atuendo kaki del coronel Almstrom.

Era imposible entregar la nota sin ser visto. Esperaría...

Poco después, se ponían en pie todos, al entrar el coronel Almstrom, seguido por los cuatro jefes de la Armada, que se sentaron tras la mesa.

Almstrom, calvo, barrigudo, y de brazos cortos, era considerado el más audaz cerebro de los «marines».

Habló con sequedad:

—Es agradable poderles felicitar a todos, señores. En estos dos meses, han puesto

a punto mil novecientos trece soldados. La instrucción ha terminado. Han sido convocados, porque vamos a iniciar una operación básica, y a las cinco en punto, estarán equipados y en formación todos los «marines». Existe ya la mayor compenetración entre instructores e instruidos. Tengo pues la satisfacción de hacerles saber, señores, que cederán ustedes el sitio a otros instructores.

Un rumor de satisfacción recorrió los bancos. Almstrom alzó una mano:

—Celebro que les guste saber que van a tomar parte en la primera operación de magnitud contra el enemigo. Son ustedes gente de ataque, gente agresiva, y pronto la bandera de los «marines» será temida en el Pacífico. Los señores jefes que me acompañan, tendrán el honor de transportarles en cuatro convoyes. Cada jefe de grupo recibirá ahora sus instrucciones normales por escrito. A bordo les será entregado, al zarpar, el último pliego con el objetivo de cada grupo. Sólo me resta, señores, insistir en que esta operación es básica, y el esfuerzo de cada uno será el valioso grano de arena que nos permitirá consolidar la bandera norteamericana en «algún lugar» del Pacífico. Ahora nombraré a los señores suboficiales que se quedarán aquí, para recibir órdenes especiales.

Miró una lista y leyó:

—Sargentos Lancaster, Bradock y Robinson. Los demás, pueden retirarse. A las cinco, formación general en cada hangar.

Elvin Frol se decidió a jugarse el todo por el todo. Deslizó en la diestra de Bradock la nota escrita, y dijo en voz baja, entre el rumor de los que se levantaban para irse:

—Has de entregarlo sin ser visto de nadie, al coronel. Muy urgente, y que nadie te vea, Bradock.

Bradock arrugó la cara, pero se limitó a asentir.

Los tres sargentos citados estaban solos ante el estrado. El coronel Almstrom empezó a decir:

—Ustedes tres, han sido propuestos para oficial, y me congratulo en anunciarles que a las cinco de la mañana, cambiarán sus honrosos galones de sargento por los más delicados de teniente. ¿Qué desea, sargento Bradock?

—Una comunicación privada, mi coronel.

—Lo que tenga que decirme, puede hacerlo delante de todos. Bradock avanzó, dejando ante el coronel la nota escrita, que Almstrom leyó con evidente asombro. Dijo, volviendo a doblarla:

—Enterado. Ustedes tres y el otro suboficial, que tiene en suspenso su nombramiento, hasta cierta consulta, irán de jefes de grupo en cada nave de transporte. Pueden retirarse, señores.

Marcháronse los tres sargentos, y entonces mostró Almstrom la nota escrita por Frol, a los cuatro comandantes de acorazado.

—Por esto dije lo del nombramiento en suspenso. He deducido que el sargento Frol ha averiguado algo importante. Es el artista de cine. Le dio por querer demostrar

que no era película, y francamente nos ha ahombrado con sus agallas. Haré imprimir en la orden un apéndice según el cual, a las cuatro cuarenta, debe presentarse el sargento Elvin Frol para su ascenso. Pasemos a mi sala particular, señores.

En el alojamiento, mientras empaquetaba en su saco las prendas y la impedimenta, dijo Frol:

—Hasta ahora nada has preguntado, Bradock.

—Me llevé un sofocón cuando el «viejo» me dijo que podía hablar delante de los otros. Por suerte era un papel escrito.

—Ya estás enterado.

—¿De qué?

—Pero ¿no leíste?

—Era para el «viejo», ¿no?

—Puedo equivocarme muchas veces, sargento Bradock, pero usted es hombre de toda confianza.

—Y si lo soy, ¿a qué viene el tratamiento?

Terminaban de arreglar el bagaje de expedición cuando un soldado empujó la puerta para colocar sobre la mesita la orden impresa. Sólo decía que a las cinco estarían todos formados en el hangar, por grupos, con bagaje completo de expedición. Y había, un apartado, convocando para su ascenso al sargento Elvin Frol, a presentarse a las cuatro cuarenta en la sala catorce.

—Galopa, teniente —sonrió Bradock—. Son las cuatro treinta y siete.

Poco después, Elvin Frol era introducido por un teniente a una sala, en la que estaban reunidos el coronel Almstrom y los cuatro comandantes de nave.

—El tiempo urge, sargento Frol. ¿Qué significa la nota? Nadie nos puede oír.

El actor de cine fue elocuente:

—Hasta esta tarde a las siete, el sargento que actuó en las islas, con tanto valor, se llamaba Jim Cramer, mi doble en el cine. Yo soy el verdadero Elvin Frol, y al estallar la guerra contra el Japón, estimé más cómodo seguir teniendo un doble. A efectos de propaganda, me fue aconsejado me alistara voluntario. Ofrecí dinero a Cramer para que se alistara usando mis nombres. Yo me refugié en un chalet montañoso. Cuatro pistoleros mataron a mi criado chino. Sabían por el director Frank Talbot que yo era un cínico. Frank Talbot trabaja secretamente para una organización de espionaje que llama «Tokio». Y han tenido una gran idea.

Almstrom y los cuatro marinos escuchaban.

—Alguien del campamento ha informado a «Tokio» que ayer noche terminaba el período de preparación, y que van reuniéndose contingentes de portaviones en diversos puertos con rumbo ignorado. Jim Cramer fue atraído fuera del campamento, inconscientemente, por una periodista y llevado a bordo del yate «Kioto», que figura como propiedad de Frank Talbot. Le dieron un golpe, le quitaron la ropa, que es la que llevo, y me han ofrecido cinco millones para que tan pronto sepa el objetivo de la gran operación que se prepara, informe con clave especial, con esta emisora-receptora

de bolsillo, al yate «Kioto».

Elvin Frol dejó sobre la mesa un aparato que parecía una máquina de retratar. Prosiguió:

—Estoy cierto de que «Tokio» cree que quiero ganarme los cinco millones y otros más en el futuro. Tan pronto yo sepa el objetivo, debo fingirme enfermo, y ver de abandonar el convoy. Me han dado unas píldoras que me producirán un ataque febril, al parecer grave; esto me permitirá ser hospitalizado donde sea. Y ahora usted, coronel, decidirá. Hay un espía en el campamento. El apresar a los del yate, no sirve de nada. Si yo les puedo dar informes falsos pero que parezcan verídicos... yo mismo puedo cazar la banda entera, y además esta operación... puede salir mejor todavía, si los japoneses bombardean por otro lado.

Respiró con fuerza el coronel. Almstrom. Miró el aparato...

—Bien, señor Frol. Los mapas de la operación conjunta no habían de ser estudiados por los jefes de grupo hasta llegar a la isla de Julwek. Acaba usted de prestarnos un gran servicio. Yo lograré averiguar quién es el espía del campamento, pues somos contados los que sabíamos que esta noche terminaba el período de instrucción. Pero éste espía nos va a ayudar, sin saberlo. Los mapas que expondré esta misma mañana, a todos los jefes de grupo, serán distintos. Y usted no necesitará embarcarse. Bastará que se tome las píldoras... y dedíquese a encontrar la banda entera... En la orden de ascensos, se le hará oficial, aclarando que se le convocó para saber si quería prorrogar su voluntariado, ante reclamaciones de Hollywood.

—Un momento, coronel Almstrom —intervino uno de los comandantes—. Si usted convoca para estudio de mapas antes de embarcar, «Tokio» puede desconfiar. Ellos saben que sólo damos el objetivo a bordo, para evitar indiscreciones.

—En las pequeñas operaciones, sí. Pero en esta... no extrañará que en la nave almirante y antes de zarpar, sean estudiados los mapas en conjunto. Y sacrificaremos algún barco viejo, camuflado, hacia otro rumbo, con escuadrillas libres fintando en sitio opuesto. Gracias, señor Frol. Puede retirarse.

A las cinco en punto, ante las formaciones, fue leída la orden de ascenso de Bradock, Robinson, Lancaster y Elvin Frol, los cuales, como nuevos tenientes, irían en cada nave al mando de los grupos de desembarco.

Se citó elogiosamente al sargento Frol, cuyo ascenso estaba sujeto a prórroga de voluntariado, e hizo un breve discurso el coronel Almstrom, alabando al que prefirió al dinero y la fama de la pantalla, el servir a la patria en el puesto de más peligro: la gloriosa «marine».

En camiones fueron transportados los componentes del campamento a distintos embarcaderos de Radak.

En la orden se convocaba para las once de la mañana, a bordo del buque almirante del convoy, que zarparía a media tarde, a todos los jefes de grupo.

Y a las once en punto, en la espaciosa sala capitana, el coronel Almstrom saludó a los convocados, señalándoles en la pared un mapa.



Representaba las ocho islas del grupo coralífero en poder de los japoneses, el archipiélago Tarawa, en el vértice norte del cinturón de islas dominadas por los japoneses.

—Como es lógico, señores, el convoy se dispersará para no ser localizado por las fuerzas aéreas enemigas —empezó a mentir, estratégicamente, el coronel Almstrom—. Volverá a reunirse en esta isla.

Señaló otro mapa lateral, la isla desierta de Basalt Peak.

—Colaborarán en esta operación nuestros aviones de la base Gilbert y las escuadras del fondeadero Davies. El enemigo no teme un ataque en el grupo Tarawa, porque ignora que el Pentágono de Washington ha aceptado mi proyecto de atacar simultáneamente desde bases australianas el archipiélago de Imieji. Si logramos consolidarnos en estos dos opuestos archipiélagos, habremos hincado ya la garra en dos hebillas del cinturón. No he de ocultarles a ustedes que la operación que llamamos «Borncraft» costará muchas bajas. Pero es el principio de la reconquista de las islas del Pacífico. Cada jefe recibirá ahora su pliego de instrucciones, que podrá abrir ahora mismo, por si tiene que efectuar consultas.

Fueron repartidos los sobres, se oyó el rumor de papel rasgado, y durante largo rato, un silencio absoluto. Todos leían. Se oyó a los quince minutos, una voz:

—Pido permiso, mi coronel.

—Hable, teniente Bradock.

—Se me asigna el mando de cuatro grupos de cien hombres, con la misión de ocupar la isla marcada «5Z», que corresponde a la más oriental del archipiélago de Tarawa. La isla marcada «5Z» tiene según mi mapa, cuatro aeródromos, dos bases de submarinos y catorce grupos antiaéreos. Se me indica que cada cuatro hombres serán provistos de bote...

La perplejidad del exsargento Bradock iba en aumento. Le ayudó, conmisericordioso, el coronel Almstrom.

—Usted quiere indicar que cuatrocientos hombres repartidos en cien botes son blanco visible desde la isla «5Z», que está perfectamente vigilada. De acuerdo, teniente Bradock. Pero usted no puede saber lo que voy a aclarar. Exactamente en el mismo minuto en que sus cuatrocientos muchachos empiecen a remar hacia la isla, los aviones salidos de la base Gilbert bombardearán la vertiente sur, y cuatrocientos paracaidistas lloverán en la llanura norte, mientras que lanchas-cañoneras incendiarán las bases submarinas. No se ponga colorado como un tomate, teniente Bradock... Su observación ha sido muy pertinente. Usted ignoraba que la operación «Borncraft» sobre las islas de Tarawa, dará empleo a mil novecientos diecisiete «marines», doce portaaviones, cincuenta lanchas cañoneras, treinta escuadrillas y ocho submarinos. ¿Qué sucede...?

Un grupo se reunía alrededor de un hombre caído. Gritó el teniente Lancaster:

—¡Un ataque de malaria aguda, señor! El... teniente Frol ha perdido el sentido, señor...

Amarillo el rostro, temblorosos los miembros, ardientes los pulsos y sienes, Elvin Frol estaba ya bajo los fulminantes efectos de las píldoras entregadas por Frank Talbot.

—Que lo hospitalicen a bordo. Si se agravase, lo desembarcaremos. Lástima... El teniente Frol es de nuestros mejores y de la mayor confianza.

A las tres de la tarde, seguía Frol temblando, con fiebre alta, en la enfermería de a bordo, y fue trasladado a tierra, al hospital de Radak. El convoy partía sin el teniente Elvin Frol.

Y con rumbo muy distinto al archipiélago de Tarawa. En la enfermería de a bordo, había tenido ya ocasión Frol de aplicar la boca al micrófono de la pequeña emisora, para susurrar con la clave convenida, en que cada letra era trocada por otra:

*«Objetivo, archipiélago Tarawa. Operación grandiosa Borncraft».*

El comandante en jefe del hospital militar de Radak, vino al atardecer a visitar a Elvin Frol. Le tomó el pulso, sentándose a su lado...

Envió a su ayudante a una sala lejana, con petición de cierto medicamento. Murmuró:

—Informado por Almstrom, señor Frol. He diagnosticado un ataque agudo de cirrosis. Cuestión del hígado. Puede levantarse cuando quiera, pero todos los días, a las once de la mañana, pasará visita médica. Y así... estaremos más tranquilos. Suerte, señor Frol. En caso de apuro, telefonee aquí mismo.

A las seis y treinta abandonaba Elvin Frol el hospital, flamante en su uniforme de oficial «marine» en convalecencia, según lo acreditaba el lazo gris colgando del hombro.

Se encaminó pausadamente hacía, el embarcadero, donde continuaba anclado el yate «Kioto».

## CAPÍTULO VII

Frank Talbot miro con aprobación al que se sentaba delante suyo.

—Magnífico, Frol. He comunicado ya que la operación «Borncraft» va contra Tarawa. Serán bien recibidos, porque al parecer, en estas operaciones, el factor sorpresa hace mucho. Y si los sorprendidos son los que pasan a sorprender, figúrate...

—Estás muy orondo, jugando a espía, Talbot. Pero ¿te das cuenta de que puedo haberte dicho Tarawa, y en realidad ser otro el punto de destino?

—El mando lo tiene todo previsto —bromeó, cínicamente, Talbot—. En el campamento tenemos a un amigo. No tiene acceso a los secretos grandes, pero esta vez fue afortunado, y en un desliz, pudo echar una ojeada al mapa que el propio Almstrom dejó sobre su despacho. Y coincide con tus informes. Bien, Frol, ahora díctame cuanto dijo más o menos el coronel, antes de que te pusieras gravemente enfermo.

Fue Frol detallando con pausas de evocación, los falsos datos que había dado Almstrom. Cuando Talbot terminó de escribir, bajo cada línea fue trazando otra, con la transposición de letras.

Llamó a Bunker, que junto a la puerta, se pulía las uñas, y le tendió el mensaje en clave.

—Emitan, a «Tokio», Bunker.

Se marchó el «gángster». Juntó Talbot las yemas de los dedos.

—Eres más frío que un témpano, Frol. De algo te habían de servir las prácticas ante la cámara. Debiste tener algo de temor allá, ¿no?

—Fingí un catarro, y procuré hablar lo menos posible. Resultó gracioso... El coronel llamándome, y diciéndome que podía volver a Hollywood, y yo dándomelas de patriota. Tú fuiste más listo que yo, Talbot. Te diste cuenta de que los japoneses iban a ganar la guerra, y con inteligencia te pusiste al lado del vencedor.

—La oferta era demasiado seductora. Y la sirena que me la hizo, irresistible.

—¿Sirena?

—A su tiempo lo sabrás. ¿Qué es este lacito gris?

—Convalecencia. Cada mañana debo presentarme, a las once en el hospital, a la visita médica.

Frank Talbot sacudió la cabeza con evidente desagrado.

Elvin Frol encendió un cigarrillo.

—No sé... pero la orden que tengo es que no salgas del yate, Frol. No puedes salir hasta que no se compruebe que ni tú ni el otro, os habéis confabulado. Compréndelo, Frol. Hay que actuar con mucha precaución. Tú no conoces al otro, pero... se dan casos tan raros en las tinieblas del espionaje... Yo sé que tú vas por los cinco millones, pero «Tokio» no quiere imprudencias.

—A mí, como cuando estábamos allá, Talbot —dijo, encogiéndose de hombros, el actor—. Tú diriges. ¿Qué quieres que persiga al indio bravo? Atrás voy... ¿Que el guion pide que me arrodille ante la dama? Rodilla en tierra.

—Sí, pero no pensó en la dichosa convalecencia.

—Oye, parece tener miedo...

Sudaba la frente de Frank Talbot, que dijo:

—Es que... «Tokio» paga bien, pero los errores...

—Tú no sabías que me iban a dar convalecencia, con obligación de presentarme a las once. Escucha, hay un arreglo. ¿Para qué tengo yo que ver a ningún practicante? Puedo escribir, diciendo que me visiten a bordo, que estoy en cama... Tú eres de confianza, y saben que fuiste mi director. ¿No es pues natural que no habiendo trabajo en el campamento, y estando yo en reposo, venga a alojarme en tu barco? ¿No estás tú rodando paisajes y escenas con nativos?

—Sí. Tienes razón, Frol. Consultaré a «Tokio».

Y de pronto se puso en pie Talbot. Acababa de descorrerse una cortina a un lado del salón, y aparecía una mujer extraña.

Las arqueadas cejas, la fina nariz, la gruesa boca, el cuerpo ampuloso, el vestido de rojo vivo, la larga cabellera negrísima...

—Hola, vampiresa —saludó Elvin Frol, sin levantarse—. ¿Desde cuándo te da papel Talbot?

Hermion Grayers, actriz de segunda categoría, especializada en papeles de mujer fatal, avanzó hasta que sus dos largas manos delgadas, se apoyaron en los hombros de Frol.

Ladeó la cabeza, y dijo:

—Fuera, Frank. Estorbas.

El director de cine, salió apresuradamente. Hermion Grayers se sentó en las rodillas de Frol, el cual dijo:

—Fuera, Hermion. Estorbas.

Ella rió, como quien oye un chiste graciosísimo.

—Siempre tan arisco, Elvin. Estuve escuchando tu agradable dicción, y creo que «Tokio» estará contento contigo. Tú sabes que yo te quise, ¿verdad?

—Tú solo quieres, en cada hombre, un cero más en tu cuenta corriente. Eres guapa, pero no me gustas, Hermion. ¿No te daría lo mismo sentarte en esa cosa de cuatro patas destinada a silla?

Ella se levantó con lentitud después de besar prolongadamente en los labios al actor, qué sacando un pañuelo se quitó el carmín, diciendo fríamente:

—Entre la ventosa de un pulpo y tu boca, Hermion, no debe haber mucha diferencia.

Ella se sentó frente al actor, cruzando las piernas, y recostándose hacia atrás. Era la encarnación sensual de la mujer lasciva...

—Siempre me gustaste, Elvin. Yo seré un pulpo, pero tú das la sensación de un

bloque de hielo. Hablemos de cosas menos importantes ahora. Irás cada mañana a las once al hospital, porque de no hacerlo, podrían sospechar. Pero te acompañará Bunker, ¿entendido?

—Las órdenes las recibo de Talbot. Siempre fue así, querida. Él ordenaba, y yo actuaba. Recuerdo que hasta cierta vez, me tocó salvarte de ser acribillada por las flechas indias... ¡Qué lástima que no hubieran sido flechas de verdad!

Hermion Grayers se recostó aún más, retrepano sus piernas de lado en el sillón.

—Yo soy «Tokio», Elvin.

—Y yo fui Don Juan Tenorio, hace tres años, ¿recuerdas? Pero se me pasó la fiebre.

—Repito que yo soy «Tokio».

—Bueno, si te empeñas, querida, por mí que no quede.

—Irás todas las mañanas a las once, acompañado de Bunker, al hospital militar. El resto del tiempo, aquí.

—Estás gozando, porque mandas. Pero a menos que Talbot me confirme que tienes tú derecho a mandarme, yo haré lo que él me diga.

—Como quieras. Y ahora, Elvin... abajo tienes a Jim Cramer. No le dimos la compañía de Lilian.

—Puede esperar un poco más. Tengo hambre.

—Podemos cenar juntos, Elvin. Yo no sé lo que daría por verte humanizado. Por cerebro tienes un carnet de cheques, y por corazón un trozo de hielo. ¿Nada te emociona, nada te inquieta? Hoy has, descubierto el mayor secreto de los norteamericanos, metiéndote en plena reunión de altos, jefes. Vienes aquí, me ves, por vez primera desde que viniste al yate, y nada te asombra.

—He hecho tantas películas, que ya no sé cuándo vivo de veras.

—Pues muy de veras, yo soy «Tokio», y mi único jefe es el almirante Tojo. ¿Y sabes cuánto ganaré por tu informe? Diez millones.

—Diez millones has dicho... Empiezas a ponerte muy guapa, Hermion.

—¡Qué cínico eres! —rió Hermion Grayers—. ¿Sabes una cosa? Jim Cramer no está mal tampoco. No deberías matarlo, Elvin. Puede sucederte algo, y él nos serviría de «recambio».

—«Tokio» manda. Pero me dijo Bunker, y luego lo confirmó Talbot, que me pertenecía...

—¡Talbot y Bunker están a mis órdenes, presumido imbécil! —explotó ella, poniéndose en pie—. ¡Me basta con alzar una mano, y desde aquella lucarna, desde esta cortina, te fríen a tiros!... ¡Soy yo «Tokio»! ¡Yo! La que manda en todos vosotros. Allá en los estudios, yo era una más para ti. ¡Hoy mando yo!...

—Bien, bien... Por mí, no te acalores, querida. Me da igual que seas «Tokio», como que seas el propio Tojo. Lo único que me interesa son los cinco millones, y los que pueden seguir...

—Imbécil —susurró ella—. ¿No comprendes que cuando sea aniquilada la

expedición «Borncraft», tú quedarás en mal lugar?

—Yo me puse enfermo, y si los japoneses pegan fuerte, el propio coronel Almstrom dio por seguras muchas bajas. Se preparará otra, y repito la faena. Después a retirarme en cualquier lugar del Japón, y esperar el triunfo final de los nipones, y allá seré el astro principal... contigo, querida.

—Serías capaz de hacerme el amor ahora...



*Se convirtió en un indescriptible bólido, de movimientos calculados...*

—No llega a tanto mi sacrificio.

Rió ella. Necesitaba aquellas réplicas, y también sabía Frol que un fallo, le perdería ante Hermion Grayers.

Cenaron, conversando de cine. Al final de la cena, anunció ella:

—La periodista ha muerto, Elvin.

El actor supo disimular su íntima indignación. Dijo:

—En paz descanse.

Por entre los párpados entornados, ella le miraba, y murmuró:

—Empiezo a creer que serás un buen auxiliar, Elvin. Espera a liquidar a Cramer, a que me comuniquen el buen éxito de la «Borncraft», o sea, el fracaso de Almstrom.

Buenas noches. Talbot estará a tu disposición, para cuantas explicaciones quieras.

Pero Elvin Frol no hizo la menor pregunta a Frank Talbot, que al final tuvo que declarar:

—Ella es «Tokio», Elvin. Y manda en cuantos hay a bordo.

—Tengo sueño, Talbot. Hasta mañana.

En su camarote, Elvin Frol tardó en dormirse. La tripulación eran doce hombres, satélites de Bunker, que con sus tres pistoleros y Talbot sumaban diecisiete.

El nada podía hacer, hasta que la verdadera «Borncraft» tuviera lugar y esperar este momento, suponía ser asesinado por «Tokio», al igual que Jim Cramer.

A la mañana siguiente a las once, llegaba con Bunker a la clínica militar. Se presentó ante el comandante, diciendo:

—Un compañero mío del cine, señor. Está inquieto por mi salud, y quiere comprobar personalmente que no miento al decir, que no es nada.

El médico militar cogió el pulso de Frol, dedicando una sonrisa al elegante pistolero. Los dedos de Frol deslizaron bajo la manga del médico un papel doblado.

Retiraron ambos a la vez las manos:

—No hay recrudescencia, teniente. Fue un ataque agudo de cirrosis, y debe abstenerse de beber alcohol. Su hígado no está para bromas, y tal vez el segundo ataque, podría ser peligroso. Hasta mañana, señores.

A solas, leyó el médico:

*«Si le es posible, por este procedimiento, indíqueme mañana, la hora y fecha exacta de la verdadera “Borncraft”. Sé ya quién es “Tokio”. Estoy vigilado, así como Cramer. “Tokio” espera el resultado, y cuando lo sepa, mal veo yo a Cramer y al que suscribe. Si ataco, sería como avisar a los jap de que los he engañado. Un poco complicado, ¿no, doctor? Lo siento, por Jim Cramer y sus padres, Yo ya he vivido bastante».*

Al día siguiente. Bunker presenció cómo el médico tomaba el pulso, y volvía a repetir que el hígado debía olvidarse del alcohol.

En el yate antes de comer, leyó Frol a solas en el baño:

*«Imposible saberlo. Y la situación es angustiosa para usted, ya que como bien dice, si ataca o escapa, avisarán a los japoneses, y si sigue allí, la operación “Borncraft” llegará a buen término, pero usted y Cramer morirán... Le admiro, señor Frol. En realidad, es más héroe que el propio Jim Cramer, porque una cosa*

*es combatir armas en mano, y otra es lo que usted está haciendo. Sabiendo que de un momento a otro, pueden matarlo... esperar».*

Elvin Frol arrugó el papel, lo encendió, y aplicó, al extremo del cigarrillo. Las cenizas las arrojó en el líquido jabonoso que la bañera iba deglutiendo.

Diecisiete espías y una mujer al mando de ellos, esperaban que una emisora japonesa comunicara... Una comunicación que suponía la muerte de Elvin Frol.

El actor sonrió tristemente, dirigiéndose al comedor. Era la primera vez en que realmente era un héroe... y nadie se enteraría, salvo el Servicio Secreto. Un secreto para todos los admiradores del héroe de Hollywood.

En el comedor, Hermion Grayers, Frank Talbot y Bunker esperaban, tomando un aperitivo. Ella, batió una coctelera, y al ofrecerle la mezcla de licores, Bunker insinuó respetuosamente:

—Su hígado, señor Frol.

—A la salud de nuestros hígados —dijo el actor, vaciando la copa.

Comieron como amigos antiguos, con amables frases y chistes. Y Elvin Frol pensaba que en cualquier momento, aquellos tres amables seres, se convertirían en furiosos verdugos...



## CAPÍTULO VIII

Jim Cramer estaba harto de dormir, y harto de pensar mil fantásticas maneras de escaparse. Pero no veía manera humana de escapar... Sólo en las películas podía huir de aquel compartimiento parecido a una gran caja fuerte, teniendo por toda arma, músculos y platos de bakelita...

Lo que más le irritaba, era comprobar lo inútil de sus intentos para asir al que empujaba la bandeja que tres veces al día era recogida, y sustituida por otra.

Por la mirilla, un desconocido, le advirtió:

—Usted colocará los restos de la comida, a un lado de la compuerta. Si quiere quedarse sin comer ni beber, intente sentirse tunante.

Y Bunker cerró la mirilla. Cramer se «sintió tunante» la tercera noche de su encierro. Se agachó junto a la compuerta, y cuando asomo la raqueta parecida a las de ruleta, para arrastrar la bandeja, cogió con fuerza la raqueta, estirando.

Entre sus manos quedó un flexible palo, rematado por madera acanalada... Se cerró la compuerta y poco después se abría la mirilla, apareciendo el rostro de Bunker.

—Mañana noche estará usted ansiando beber. Pasado mañana, querrá comer, y estará tan débil, que entraremos y le daremos la paliza que se ha buscado, si antes no viene el señor Frol a quitarlo de en medio y nos ahorramos así trabajo.

Gritó Cramer:

—¡Dile a Frol que es un cerdo, y que si quiere tocarme me tendréis que amarrar después de siete días sin comer! ¡Cerdos...!

Pero ya la mirilla se cerraba. Jim Cramer, abatido volvió a tenderse en el duro suelo. Odiaba con todo su ser a Elvin Frol...

\* \* \*

Elvin Frol sacudió la ceniza de su cigarrillo, mirando su reloj. Eran las ocho de la noche del cuarto día de estancia en el yate.

Acababa, de entrar Bunker, que permaneció a un lado del umbral. Al otro lado, dos de sus pistoleros.

Y por fin, en el salón penetró Hermion Grayers, cuyo maquillaje no ocultaba la lividez de su cutis. Los ojos tenían brillo furioso... y a la vez temeroso.

—Ya he recibido comunicación, Elvin.

—Lo celebro —dijo él, en pie.

—¡Han atacado Truk, a mil doscientas cincuenta millas de Tarawa! —estalló ella—. Y en Tarawa sólo hundieron barcos a la deriva, y botes con hombres-saco...

Los gestos de ella eran epilépticos... Las posturas de Bunker y sus dos pistoleros, muy elocuentes. En cubierta, tras una lucarna, el otro pistolero, aguardaba...

—¡Me has engañado, Elvin! ¡Vas a...!

Elvin Frol hasta entonces un elegante maniquí, se convirtió en un indescriptible bólido, de movimientos calculados.

Embistió contra Hermion Grayers, abrazándola, y en choque brutal contra Bunker, logró torcer la muñeca del sorprendido «gángster», recogiendo la pistola que empuñaba, cuyo gatillo apretó...

Hermion Grayers se sobresaltó varias veces, mientras disparaban los otros dos pistoleros. El de cubierta gritó:

—¡Vienen de tierra!

Los disparos crepitaban, y Bunker, en el suelo, trataba de arrastrarse para recoger otra pistola... Saltó, alcanzado por un balazo certero...

Hermion Grayers yacía entre los dos pistoleros... Elvin Frol; arrodillado, se limpiaba la sangre de la cara y el pecho...

Se levantó tambaleándose, y las dos balas que quedaban en la corta automática, de cargador triple, impidieron la huida del cuarto pistolero.

Frank Talbot apareció a espalda de Elvin Frol. Gritó:

—¡Cochino traidor!...

Sus insultos coincidieron con el salto de Frol a un lado, que volviéndose hizo eco a los disparos de su exdirector...

Cuando los soldados enviados por el comandante del hospital, eran dueños del yate, liberando a Jim Cramer, una camilla se llevaba en la ambulancia a Elvin Frol, agonizando...

Y después de ser operado, Elvin Frol, de cuyo cuerpo extrajeron cinco balas, y una esquirla de plomo en la sien, seguía en el coma agónico.

En la habitación contigua, Jim Cramer, enterado de la heroica «espera» de Elvin Frol, se olvidaba ya de que a su lado, Lilian Harwood trataba de recordarle la alegría de ser libres y a salvo de peligro, gracias a la estratagema del actor.

Para Jim Cramer no había más que un deseo. Ver llegar la madrugada, hora en la que el cirujano había dicho que haría «crisis» el agonizante.

Y la «crisis» suponía que salvo complicaciones viviría... o estaría ya muerto antes del alba.

A las seis de la mañana, se despertó, sobresaltado, Cramer. A su lado dormía Lilian Harwood.

El cirujano hizo un ademán, y tras él salió Cramer. Fuera oyó:

—Ha reaccionado favorablemente. Una buena constitución. Pero no podrá hablarle hasta la tarde, señor Cramer.

Por la tarde. Jim Cramer entró muy emocionado en el cuarto donde Elvin Frol, vendada la cabeza y el torso, medio incorporado en la cama alzada de respaldo, murmuró:

—Hola, héroe.

—¡Tú has sido el gran jabato!

Y Jim Cramer dominó su primer impulso, para coger con delicadeza, la mano que iba a estrujar con entusiasmo.

—Ahí esperando a que te pelasen... Esto son reaños, Elvin... Y yo sé que lo más difícil no es luchar, sino «esperar». Y gracias a ti, estamos vivos ella y yo.

—Fue otro engaño de Hermion para ver cómo reaccionaba yo... Ahora, Jim, tenemos que arreglar esto. A ti los honores, y que la prensa publique la verdad...

—¡Ni hablar! Bueno, ya lo discutiremos más tarde.

—Ya lo discutiremos. Estoy algo débil... ¡pero qué romántico! ¿Verdad? Nunca llevé vendajes de veras...

—No te hagas el cínico, que ya te conozco. Eres un sentimental en el fondo.

—Por favor —intervino una enfermera, entrando—. Orden del doctor.

—Bueno, hasta mañana, Elvin... ¡muchacho, me hace el efecto de que tengo un hermano ahora... y gemelo!

Sonrió el actor, emocionado.

—Eso es, Jim. Hermanos... Hasta mañana.

Jim Cramer, en el despacho del comandante en jefe del campamento, con nuevos reclutas, pretendió argüir:

—¿Para qué quiero yo esta licencia, señor?

—Quince días de reposo no le vendrán mal, Cramer. Los mismos que más o menos necesitará Frol para restablecerse. Y en quince días, Cramer... puede vivir una gran luna de miel.

—A la orden, señor.

En las afueras del campamento, declaró Cramer:

—Yo te quiero, Lil, y con gusto te convertiría en mi esposa. Pero tú quieres a Elvin.

—¡Es a ti a quien quiero! —exclamó ella.

—No. Viniste atraída por Elvin Frol. Cuando termine la guerra, Lil, entonces... hablaremos.

—Jim Cramer —dijo ella solemnemente, conteniendo sus lágrimas—. Te juro que si persistes en decirme eso, no me verás más.

—Adiós, Lil.

Y Jim Cramer volvió a cruzar el umbral del campamento. Y durante los quince días, de su licencia, no abandonó ni un minuto, el recinto cercado de alambre.

La noche del día dieciseisavo, fue llamado al despacho del comandante. Al entrar vio a Elvin Frol, pálido y algo demacrado, pero sonriente, que avanzó al encuentro de su «doble».

Abrazándose, se miraron en silencio, un largo instante...

La voz del comandante les sacó de su mutua emoción.

—Ahora ha de decidir usted mismo, Cramer. Usted es el que hizo los méritos para

teniente, pero con el apellido Frol. Por otra parte, el servicio secreto estima inoportuno que el señor Frol, propague lo sucedido. Hemos obtenido que sea censurado cualquier posible informe sobre este caso. Y además, para acabar de complicarnos, el señor Frol, a quien se debe el absoluto éxito de la operación «Borncraft», y la captura de los restantes supervivientes de la banda «Tokio», ha firmado su solicitud, de ingreso en los «marines» CF.

—Es muy sencillo, Jim. Lilian te espera... La ofendes al...

—¡Alto! Este asunto es plenamente mío, señor Frol —replicó, duramente, Jim Cramer.

—Bien, lo siento, Jim. Lo que te propongo es: ¡estoy a tus órdenes, teniente Frol! Podemos adquirir inmediatamente permiso judicial mientras dure la guerra, para cambiar los nombres y apellidos. Y yo, soldado Jim Cramer, estaré muy orgulloso de estar a las órdenes del teniente Frol.

—Ya está bien la cosa, Elvin. Te has ganado el grado de teniente. Y yo... me gusta más empezar otra vez. Y como Jim Cramer, antes de seis meses seré oficial.

—¡La mejor solución! —decretó, apresuradamente, el comandante—. Ahora que está establecida la más rigurosa censura periodística, ya no es de temer que les inoportunen... Discútanlo tranquilamente, señores. Volveré dentro de diez minutos.

A solas, en el despacho cedido por el comandante, dijo Frol:

—Lilian se ha ido, maldiciéndome, y tiene razón al aborrecerme, porque si yo no te llego a proponer que me sustituyeras, nada hubiera sucedido que no tuviera un epílogo justo y normal pero en lo tocante a lo que nos afecta directamente, Jim, no puedo permitir que tú vuelvas a ser soldado raso.

—Lo que deseo más que nada en el mundo, es volver a ser Jim Cramer, Elvin. Tanto: «señor Frol» por aquí, «Elvin», por allá, me tenían ya enfermo. Hay muchas islas en el Pacífico, Elvin. Arreglaremos con el comandante. Si vas al Norte, iré al Sur, pero tú como teniente Elvin Frol, y yo como quien soy. Ha terminado nuestro contrato, y nace otro más firme y sólido. Nuestra amistad. Ahora, mi paga irá a mis viejos.

—Más lo estarían si supieran que eres el héroe de Radak...

—No. No les agradaría, saber que vendí mi piel... porque ahora, ya no es por dinero, Elvin, sino por algo nuevo... Tipos como yo, son los que evitarán otra guerra.

—Tienes razón, Jim. Tú al Norte, y yo al Sur. Y mañana... al terminar la guerra, entonces... ¡quiero que todo el mundo entero conozca tu doble heroísmo!

—Ya será menos, teniente Frol —sonrió Jim Cramer.

Al día siguiente, el teniente Elvin Frol partía hacia una base del Sur, como agregado naval. Y en un campamento alejado del Sur y de Radak, ingresaba un nuevo recluta: un tal Jim Cramer.

## CAPÍTULO IX

Poco antes de que en Hiroshima estallara la primera atómica, los japoneses iniciaron la operación «Fusiyama», último coletazo agónico del gran monstruo bélico que habían logrado engendrar.

Consistió en una serie de ataques inesperados por lo suicidas, donde más que reconquistar islas perdidas, los ejércitos nipones se proponían destruir e intentar desmoralizar a fuerzas ya muy sufridas.

El capitán Elvin Frol, agregado naval con mando en compañía de desembarco, del crucero-transporte «Syrtes», era muy distinto al cínico y frío actor que propusiera a otro, un cambio de personalidad.

El peligro compartido, la vida en común con seres poseídos de la extraña psicosis de guerra, que eleva el espíritu, suprimiendo mezquindades, le había devuelto la fe en la raza humana.

Era cordial, impetuoso, y como cualquier combatiente tenía sus arrebatos pasionales, pero también una tranquila filosofía, con la que aceptaba las máximas incomodidades.

La guerra del Pacífico parecía que nunca iba a tener fin. Aplastados en un sitio, resurgían con mayor ferocidad, en otro, contingentes batalladores de nipones, luchando con cruel fanatismo.

El crucero-transporte «Syrtes» tenía por finalidad, llevar a gran velocidad fuerzas de desembarco y ayuda, a las posiciones que estuvieran en peligro.

Formaba parte de una división de cuatro cruceros, y era el único que estaba a flote. Había sobrellevado terroríficos bombardeos, y visto muy de cerca los famosos torpedos suicidas.

El capitán Frol sabía ya que al reintegrarse a la vida normal, echaría muy en falta aquella manera de vivir, en la que nada tenía importancia, y con la ignorancia de si al minuto siguiente vendría la muerte, se daba valor a cosas antes insignificantes.

Cuando a bordo fue recibida la llamada urgente de trasladarse a la isla de Berwozen, al norte de la gran Nueva Guinea, el «Syrtes» se puso inmediatamente en marcha, ignorando que iba hacia su fin.

Empezaba la «Fusiyama» en la que los japoneses sacrificaban la mayor parte del resto de sus naves, aviones y ejército.

La isla de Berwozen, había cambiado por tres veces de dueños, y en la última, los americanos se instalaron en ella, medio año antes.

La noche del sábado 14 de mayo, trescientos aviones nipones abatieron en constantes pasadas las principales defensas del bastión oriental de la isla, mientras que dos escuadras cañoneaban con saña las construcciones militares y los dos puertos.

En la madrugada del domingo 15 de mayo, los rayos del sol se vieron mitigados por la bandada de pájaros metálicos que relevaban a los primeros aviones nipones, continuando el ataque.

La isla Berwozen era ya un volcán en ebullición, y en los baluartes del norte, se combatía cuerpo a cuerpo.

Los nipones habían desembarcado, lanzando nutridas oleadas de guerreros que al partir habían jurado morir el domingo 15 de mayo, en honor del *Mikado*.

La guarnición americana de Berwozen, Compuesta de cinco mil soldados, había quedado reducida a menos de dos mil, la noche del día 15.

En la madrugada del lunes 16, sólo cuatro posiciones fortificadas, aisladas entre sí, seguían defendiéndose con bravura. Llevaban treinta y seis horas de incesante acción, sin haber podido dormir un solo minuto.

Aparecieron los primeros aviones americanos, pero los nipones habíanse apoderado de las bases antiaéreas, y los propios cañones americanos derribaban aviones de su misma nacionalidad.

Al caer la noche del lunes 16, de diversos puntos acudían naves con fuerzas de desembarco, al ser imposible sin grandes pérdidas, la acción de aviones y paracaidistas.

Se entablaron batallas navales a menos de tres millas de distancia de la isla de Berwozen. La isla y sus litorales eran iluminadas por el resplandor de la artillería, fragorosamente activa.

Los japoneses eran dueños de las tres cuartas partes del terreno, y sólo quedaban dos posiciones americanas, en las que aislados unos de otros, defendíanse con desesperación mil cien hombres.

Estaban sitiados, en cerco que iba cerrándose. Se les conminó a la rendición, que rechazaron, porque sabían que era preferible morir armas en mano, que humillados.

El crucero «Syrtes», apoyado por dos unidades de combate, abrió fuego emproando hacia la punta oeste, donde seguían resistiendo las dos posiciones.

Un pabellón que colgaba chamuscado y convertido en cedazo, pero bajo el cual resonaron muchos gritos de entusiasmo, al ver que el crucero «Syrtes» lograba abrirse paso por entre un escorado crucero nipón, y un acorazado también japonés que se hundía lentamente de popa, alzando en impresionante lentitud la proa...

El «Syrtes» distaba tan sólo una milla del litoral, y había empezado a botar las lanchas rápidas cañoneras, cuando hacia él se abalanzaron con raudo navegar, dos poderosas naves niponas, abriendo un fuego simultáneo.

En la confusión de la gran batalla naval, el «Syrtes» quedaba ahora aislado de sus dos unidades de apoyo.

Recibió una andanada en babor, que hizo saltar torretas de tiro, y astillarse tres lanchas cañoneras que con sus dotaciones, estaban arriando para emprender el rápido desembarco.

Escoró peligrosamente el «Syrtes»...

En una lancha rápida, el capitán Frol se desentendía de la isla, para mirar dolorido el triste fin de sus compañeros de puente de mando. Aquella jovial oficialidad con la que había compartido comidas, juegos y alegrías.

La lancha zigzagueaba, entre remolinos producidos por cañonazos... En el mar nocturno, reinaba la misma o mayor claridad que en un día radiante de sol.

Las ráfagas y explosiones, los cohetes de señalamiento, las bengalas de posición, formaban un día artificial.

El «Syrtes» era ya fácil presa de los dos cruceros pesados japoneses, que a poca distancia martillaron con precisión la inclinada cubierta.

Tuvo aún tiempo Frol de divisar en el puente de mando a los doce oficiales que reunidos, querían morir es su nave. En rededor, restos de lanchas, maderas flotando, cadáveres, tripulantes...

El «Syrtes» dio una vuelta sobre sí mismo, hundiéndose, y flotó un instante la quilla. Después, un gran remolino...

El capitán Elvin Frol movió los labios en muda oración. La lancha abría ya sus aletas laterales, para tocar tierra...

Pareció una flecha lanzada ciegamente, empotrándose en la arena. Con agilidad de larga práctica, fueron saltando sus tripulantes...

Restallaba, el fuego a ambos lados y al frente. Las otras secciones de la compañía al mando del capitán Frol, debían comunicarse inmediatamente con las portables.

Dos habían desembarcado poco antes, y estaban sosteniendo combate cuerpo a cuerpo.

La sección personal de Frol, iba ya tomando posiciones. Elvin Frol miraba al soldado que en alto el tubo, apoyaba contra su mejilla el ancho auricular...

Una sección había naufragado. Y de las otras dos, una ya no comunicaba. Había sido aniquilada...

A la izquierda estaba la tercera sección, combatiendo, al mando del teniente Forbes. Y era urgente reunirse con ella.

Los nipones que cercaban la tercera sección, fueron sorprendidos por retaguardia, al atacar la sección al mando personal de Frol...

Y empezó la eterna escena, que ya no impresionaba los nervios sin reacción de aquellos combatientes avezados a la más cruenta y salvaje lucha de toda la última contienda mundial.

Con simiesca ferocidad, los nipones, luchaban contundentes y eficaces. Manejaban hábilmente las cortas bayonetas, y parecían dotados de un extraño poder, porque aun ensartados en mortal bayonetazo, tardaban en quedarse inmóviles.

Por fin, los restos de las dos secciones siguieron en su avance rápido hacia la posición sitiada más cercana.

La orden recibida por Frol, era la de tratar de instalarse en una elevada cota, desde la que se dominaba la hondonada en la que los nipones hostigaban el bastión conocido en el mapa como «Ranger».

Troncos ennegrecidos, grandes hoyos en embudo, montones de piedras servían de provisionales parapetos a los treinta y seis hombres, que formaban ahora una sola sección al mando directo del capitán Frol, por muerte del teniente Forbes.

No hallaban la menor resistencia, ya que los nipones tenían que acudir a muchos sitios del litoral, donde se intentaban otros desembarcos.

La cota señalada al capitán Frol, era un altiplano fortificado, pero cuyas murallas estaban semiderruidas. En ella, se hallaban dos nidos de ametralladoras servidos por veinte japoneses.

Frol y sus hombres, se tendieron bajo el arco natural de un peñasco, a mitad de la ladera de la cota.

El constante crepitar de las detonaciones envolvía en tupida y estruendosa fragosidad la isla entera.

Llamó Frol un nombre. Se arrastró un individuo, hasta quedar junto a Frol, quien señaló la esfera luminosa de su reloj cronómetro de pulsera.

—A las veintidós exactamente, atacas con tu pelotón, por esta vaguada —y en el plano, apoyó Frol el índice, mientras el cabo enfocaba brevemente el haz de su linterna, apagándola casi al instante.

—A la orden, señor.

—Sin avanzar, emplazas los ametralladores y abres fuego. No os moveréis, hasta que no lancemos la bengala amarilla en la cumbre.

—Sí, señor.

—Vete ya con los tuyos, y buena suerte, Jacobs.

La diestra de Frol tocó levemente en la mejilla la cara tiznada del cabo Jacobs, que sonrió cordialmente, para poco después arrastrarse, y desaparecer con los de su pelotón.

Llamó Frol a los otros tres cabos, dándoles su misión. Era necesario coordinar todos los ataques para lograr apoderarse de las ametralladoras.

No debían usarse las granadas de mano, salvo en caso extremo. Y a las nueve y cuarenta, Elvin Frol quedó solo con su enlace, que llevaba a los hombros la emisora-receptora, y en bandolera el fusil.

Al empezar a caminar, sonrió Frol, evocando la escena en que sobre codos y rodillas, avanzaba sobre arena...

Pero allí la única luz era la de los focos del estudio. Ahora, en Berwozen, parecía haberse confabulado todo el poder destructor de la humana ciencia.

Coronó el extremo del ascendente sendero, que habían recorrido agazapados. Miró su cronómetro... Faltaban dos minutos para las diez.

Divisaba netamente, entre los cinco círculos de semidestruídas murallas, las cuatro casamatas de ametralladoras...

La manecilla secundaria iba girando con sacudidas rítmicamente precisas. Y súbitamente, al fijarse el minuterero en el número doce, restallo desde abajo la triple ráfaga de los fusiles ametralladores del pelotón del cabo Jacobs.



Los japoneses, que hasta entonces enfocaban el bastión «Ranger», dieron vuelta a sus ametralladoras, tableteando...

Se encaramaban y saltaban ya los otros tres pelotones... Varios quedaron como a horcajadas sobre la piedra, saltando inermes a los impactos de las ametralladoras...

En «cortina», estallaron las bombas de humo espeso, a cinco metros delante de las casamatas... Se oyeron los clásicos gritos, y Elvin Frol corrió maquinalmente, agachado, disparando alto...

A las diez y veintidós minutos, veintiún hombres contando a Frol, se instalaban en las casamatas. Palpaban las culatas de las ametralladoras japonesas, enfocando ahora la hondonada...

Elvin Frol, con sus prismáticos, contempló el bastión «Ranger», y con satisfacción que nunca le hizo experimentar ninguno de sus éxitos en la pantalla, anuncio:

—¡Saluda, Graziano!

El soldado aludido prendió fuego a tres cohetes a la vez. Por el aire describieron un surco flamígero, los tres colores, blanco, verde y rojo: «Refuerzos acuden».

Del bastión surgió el arco luminoso, azul claro, de bienvenida.

Los japoneses sitiadores tenían ya por la vertiente, opuesta, un asedio de otros desembarcados.

Elvin Frol esperó unos instantes. Sus hombres, impacientes, deseaban ya entrar en acción... Divisaban las tentadoras espaldas de numerosos nipones.

—Un momento de paz —dijo Frol.

Rieron algunos. Era la frase favorita del capitán Frol, en los intervalos de combate.

—Vamos a procurar sacar el mayor partido de nuestra suerte, muchachos. Si tumbamos un centenar de japoneses, no abrimos bastante brecha. Esta posición es sólida, mientras no abramos fuego. He pensado, pues, que debemos aprovechar nuestra mejor situación.

Los cabos asintieron, mientras alguno de los soldados, bebía ansiosamente al gollete de su cantimplora.

—Voy a sortear los diez que van a venir conmigo. Como un equipo de fútbol, y yo el árbitro. Diez se quedarán aquí, a dos por máquina. Y sobran otras cinco.

—¡Yo, señor! —exclamó el cabo Jacobs, poniéndose en pie.

—Yo soy el de siempre, jefe —gruñó Elmer Tarleton, el luchador, cabo del segundo pelotón.

—Vosotros dos conmigo —aceptó Frol—. Los otros dos aquí, con los ocho que elegiréis vosotros mismos. ¡Pronto!

Miró de nuevo su reloj Frol. Era ya un gesto habitual...

El cabo Tarleton, ayudado por otro, estaba ya desmontando de su horquilla una ametralladora. Poco después, por parejas tenían a hombros una ametralladora, rodeándoles cintura, pecho y hombros, las cintas de proyectiles.

—Aquí, cesa el fuego, cabo Sanders. Tú mandas la posición. Sólo abrirás fuego en caso de ataque. Cabo Jacobs, con tus dos máquinas, camina hacia allá.

Señaló a cincuenta metros una pequeña loma.

—En marcha, cabo Jacobs, y cuando estén agotadas las municiones, les tiráis las máquinas, empujándolas con una bomba de mano, y retirada aquí. Suerte muchachos.

El cabo Jacobs y sus cuatro hombres partieron con las dos ametralladoras a hombros.

—Cabo Tarleton, en marcha conmigo.

Y Elvin Frol, se inclinó para colocar el hombro bajo el cañón de la ametralladora.

—Seguid los otros.

Los cuatro soldados restantes de la audaz expedición, elevaron por parejas su máquina...

Los que quedaron en la casamata, estuvieron un rato en silencio. Después murmuró el cabo Sanders, con voz ronca:

—Esta vez lo consigue, esta vez lo consigue... Busca morir.

—¡Qué va! Este macho no muere; ¡te lo digo yo!

—Los van a triturar, ¡maldita sea!

El cabo Sanders y los nueve hombres que quedaban en el fortín, cruzaron el índice y el medio: amuleto de suerte.

El cabo Jacobs llegaba ya al objetivo señalado, cuando un proyectil de mortero abrió un foso ante sus pies. Saltó por los aires con su compañero, los dos como suspendidos de la destrozada ametralladora.

La otra pareja se tumbó, y empezó a tirotear...

Tarleton, en la otra loma, disparaba y con fruición, mientras las otras dos máquinas, espaciadas, abrían también fuego...

En un instante, las cuatro máquinas, cruzando el tiro hacia abajo, hicieron una mortandad prodigiosa en los sorprendidos nipones, que se creían protegidos por la espalda.

Pero, rehaciéndose, enfocaron el fuego de sus cortos morteros contra las cuatro máquinas.

—¡Cambio de posición! —gritó Frol.

No hacía falta. Tarleton y los demás, corrían ya con la máquina a cuestas hacia otro sitio...

Elmer Tarleton dio un traspiés, gimiendo... Quedó arrodillado, y mantuvo sobre sus hombros la máquina.

—¡Al gatillo, mi capitán! ¡Duro con ellos!

Elvin Frol se arrodilló, y fue el agonizante Tarleton la horquilla humana, y parapeto... Cuando agotó las cintas de proyectiles, Elvin Frol sopló tres veces en su agudo silbato: «Retirada».

Los nipones, en masa aullante, ascendían ya por las dos lomas... Empujó Frol la ametralladora inservible, y tras arrojar todo el contenido de su bolsa de bombas, hizo

el último esfuerzo.

Era fuerte, pero fue más bien la energía nerviosa, la que le hizo, levantar a hombros el pesado cuerpo de Elmer Tarleton...

Corriendo con fatigosa ansia, se encaminó hacia las casamatas. Veía otras sombras correr...

Al atravesar la brecha de un círculo de piedra, gritó:

—¡Abre fuego, Sanders!

Nunca una orden fue tan bien recibida. Sanders y sus nueve subordinados, tenían ya tomada la puntería.

Apretaron los dos pulgares con ahínco, abriendo claros en las primeras filas de atacantes nipones.

En el centro de la casamata enorme, Elvin Frol se dejó caer exhausto. Quedó sentado, con la cabeza de Tarleton sobre su hombro...

De los once expedicionarios, quedaban tres, contando a Frol, que entre dientes maldijo:

—¡Siempre ver caer a los demás, Señor! Y son mejores que yo... Eran muchachos honestos, limpios de mente y corazón... ¿Es mi castigo verles morir?

—Esta vez... les dimo... como usted me dio... el golpe del conejo..., ¿verdad, señor?... —barbotaba Tarleton sus últimas palabras, con su última sangre.

Convulsivamente, Elvin Frol apretó en estrecho abrazo al que se moría. Saltaban ya cascotes y borraja de los sacos protectores. Alguno lanzaba como un sembrador consciente, granadas a largos intervalos provechosos...

—No pueden con nosotros, Tarleton —musitó, roncamente, Frol.

Dio Tarleton una cabezada de asentimiento. Se quedó desmadejado, sin vida.

Elvin Frol le cerró los párpados, depositándolo sobre paja ya ensangrentada.

Un mortero acababa de derrumbar una esquina, sepultando bajo los escombros una máquina y sus dos servidores.

Elvin Frol acudió a otra máquina, en la que había un solo tirador...

Del bastión «Ranger» colaboraban... Partían morteros certeros hacia los que ahora asediaban la posición defendida por la sección de Frol, reducida a diez hombres.

De pronto, un chillido estentóreo brotó de la garganta del cabo Sanders... Frenético, sin dejar de disparar, gritaba repetidamente:

—¡La Sexta de Alivio! ¡La sexta de Alivio!

Era el apodo dado a la sexta División de desembarco, cuya misión era acudir a los sitios más comprometidos. Tenían por estandarte una tela verde en la que se veía un biberón...

Y varios estandartes con el biberón, eran visibles a retaguardia de los japoneses, que empezaron a desbandarse...

A las once y veinte minutos, el capitán Frol vio el primer estandarte de la Sexta División.

A las cinco y trece minutos de la madrugada del martes el bastión «Ranger» y la posición ocupada por el capitán Frol, eran consolidadas con dos compañías de la Sexta División.

Los japoneses se retiraban hacia la costa opuesta, sembrando laderas y litoral de cadáveres.

A las cinco y catorce minutos, un barbudo sargento de la Sexta División, saludó roncamente ante el capitán Frol:

—A la orden, mi capitán. He sido elegido, a petición propia, suboficial de esta cota.

—Bienvenido —sonrió Frol—. Indudablemente ustedes llegaron como siempre, muy... ¡Jim! ¡Jim Cramer!

Y con frenética embestida, se fundió en estrecho abrazo con el barbudo sargento de la División de Alivio...

Las palmadas que ambos se daban en las espaldas, restallaban con sequedad de impacto. Algunos les miraban riendo.

Un teniente de información, al pasar, bromeo:

—¿Cuándo es la boda, mi capitán? Las hay más feas que el sargento Cramer.

Separados por el largo de los brazos apoyados en los hombros, se miraron... En la rasgada camisa del sargento Cramer, había cinco cintas de citaciones en mérito por servicios destacados.

Y dos galones de herido en la manga...

—Esta barba, Jim, te cambia por completo.

—¡Por eso mismo! ¡Ya soy sólo Jim Cramer! —rió el «doble».

Varios «jeeps» de intendencia, descargaban ya, y se instalaba la provisional cantina. Los diez supervivientes de la cota llamada «Burnout» se dirigieron hacia los tentadores barrilitos...

—No estoy de servicio, mi capitán. Puedes invitarme.

—Vamos allá, Jim. ¿Cuánto hace que no nos vemos?

—Siglos y segundos, señor.

—¡Me llamo Elvin!

—Un feo nombre demasiado oído. Los del bastión dicen que eres un portento, y que gracias a tu «distracción» con las máquinas a hombros, les aliviaste el cerco. Te veo comandante y con la medalla rosa, mi capitán.

—Tú eres el que deberías ser...

—¡Sargento Jim Cramer, señor! Y cada mes recibo una carta de mis viejos, de veinte páginas. En el pueblo hay ya una calle que se llama calle del Sargento Cramer.

Estaban ya fuera del cerco del fortín, a media ladera. El sol brillaba tenuemente en la fresca alborada.

Elvin Frol se detuvo, y se rascó una sien.

—Escucha, Jim... Pégame y mátame, pero, escucha, Jim.

—Ya veo por dónde va el punto de mira, capitán Frol. Aquello ya pasó. Puedes

hablar tranquilamente.

—¿No le has escrito?

—No.

—Pero ella te escribiría, ¿no?

—La chica tenía su orgullo, y con razón. A estas horas será ya una mujer casada con...

—Lo lamento, Jim. Era una buena chica pero tú te empeñaste en creer lo que no era verdad...

—Dan café caliente allí, señor. Y tiene usted derecho a media botella de *whisky* como heroico defensor de «Burnout».

Encogiéndose de hombros, Elvin Frol siguió al sargento Cramer. Mientras saboreaban el café, comentó Cramer:

—Esta noche ya no queda un *jap* en la isla. ¿Oyes, capitán? Van aflojando.

—Has hecho muchos prodigios en ésta, guerra, Jim, pero hay un acto que no consta en tu historial, y que es el más milagroso.

—Yo soy así —trató de bromear Cramer.

—Yo era un mequetrefe, un cínico... ¡y me has convertido en un hombre, Jim Cramer!

—Yo no. La guerra... No todo van a ser inconvenientes.

—Pero quisiera que tu aparente dureza se fundiera, Jim. ¡Estabas obligado a escribir a Lilian Harwood!

La diestra de Cramer asió por la camisa a Frol; fue un gesto rápido, violento... Los ojos de Cramer brillaban con ardor, en la faz recubierta de pelos...

—Déjelo ya, mi capitán. Es material candente. Yo sé que usted no tuvo ninguna culpa... pero también sé que a la única mujer que he amado, tuve que dejarla... ¡porque me llamaba Elvin!

—Era a ti, ¡imbécil!, a ti, a quién quería. A mí me insultó.

—Vamos a dejarlo, mi capitán. Me toca ahora entrar de servicio. ¿Puedo retirarme?

Elvin Frol miró unos instantes con furia al terco irlandés. Pero al ver la triste sonrisa que florecía en el matorral barbudo, sonrió también con melancolía.

—Hasta luego, sargento Cramer.

Pero no hubo «hasta luego». Al mediodía, también a petición propia, el sargento Cramer era destinado a otro lugar.

Y, llegó el armisticio, sin que el comandante Elvin Frol y el sargento Cramer, volvieran a verse.

Las naves circulaban ya libremente por el Pacífico, transportando alegres licenciados, en regreso feliz...

\* \* \*

—Este artículo no sirve, Lil —gruñó el redactor jefe.

—No doy más de mí —replicó, arisca, la periodista.

—¡Sí, mil rayos! Lo que pasa, es que desde que terminó la guerra, estás como atontada, como si vieras visiones, o si estuvieras esperando un milagro. ¿Qué quieres, encanto? ¿Otra guerra? Ten paciencia, mi vida, que antes de diez años, volverás a escribir artículos.

—¡Váyase usted al infierno! —murmuró ella.

El redactor en jefe, se levantó, y torpemente pasó a palmear el hombro de la periodista.

—Bueno, bueno, Lil. No me hagas caso. ¿Sabes lo que vas a hacer? Te tomas quince días, sueldo pagado. Estás algo estropeada de nervios, y esto lo da este maldito oficio. ¿Por qué no me metería yo a tendero, condenado me vea por idiota?

—Gracias, Pat. Cada año, tiene usted una hora simpática, y en esta hora, vale usted mucho.

Y la periodista abandonó la redacción, para dirigirse hacia su piso. Hacía ya un mes que la guerra había terminado y...

Cada individuo alto, de cabello ondulado, nariz recta, enjuto rostro, que pasaba por las calles de Nueva York, le producía un sobresalto, creyendo sería Jim Cramer.

Al introducir el llavín en la cerradura de su puerta, cerró los ojos como mareada...

La voz, muy conocida, saludaba:

—Hola, Lil.

Empujó ella la puerta, sin mirar, entrando con paso de autómata, hasta llegar a la mesa en la que se apoyó, encendiendo un cigarrillo con manos temblorosas.

Miró por el espejo al que entraba y cerraba la puerta. Un traje azul cruzado, un rostro enjuto bronceado, cabellos ondulados, con canas en las sienes... y la mirada cariñosa...

—No es preciso que me digas nada, Lil.

—Fuiste insensible, Jim... Pero yo te he esperado sin desmayo...

Lilian Harwood se inclinó hacia delante, irguiéndose con esfuerzo.

—Podías haberme escrito, Lil.

—Tú también.

—No es mi oficio. Y vas a dejar de escribir, porque...

—Escucha, Jim... Yo te quise desde el momento en que te vi. Odiaba ya al actor Elvin Frol, porque me dijeron que era un presumido, y al verte, Jim, al oírte, te vi sencillo, fuerte, humano, bueno... ¡Te quise tanto, Jim!... Pero ahora, regresas vencedor, seguro de ti mismo... La paloma te esperaría ansiosa, ¿verdad, Jim? Pues... me cansé de esperar. Ahí tienes licores y cigarrillos. Siéntate, y dentro de media hora te presentaré a mi marido.

—¡No, Lil, no! —exclamó él que estaba a sus espaldas.

—¿Qué creías, Jim Cramer? ¿Qué iba a seguir humillándome? Me ofendiste,

Jim...

—Y he pasado años con el corazón ardiendo...

—No debió arder mucho, Jim. Ni una sola vez me escribiste...

—¡No es mi oficio! Necesitaba que la guerra terminase... ¡Y hay divorcio, Lil!

Lilian susurró:

—No tengo perdón, soy una necia incurable. ¡Te quiero, Jim!

Volvió ella sobre sus tacones, y de pronto exclamó:

—¡No eres Jim Cramer! ¡No eres...! ¡Fuera de aquí, señor Elvin Frol! Váyase o le estrelle contra la cabeza...

El florero que tenía asido, salió disparado. Se hizo añicos contra la pared.

El comandante Frol estaba demasiado ejercitado en violencias... Sonrió con tristeza:

—Escúcheme, Lilian... Jim Cramer hizo de mí otro hombre. Y me tiene amistad, pero no me perdona qué yo..., ¡pobre de mí!..., fuera el astro de la pantalla. Él me dijo que la quería a usted, pero que al oír en sus labios mi nombre...

—Señor Frol —dijo ella, con altivez—. Si ha creído usted muy cinematográfica su broma, se la perdono, porque al fin y al cabo ha estado usted mucho tiempo en la jungla, y ha perdido la delicadeza.

—Y lo celebro mucho.

—Pero, ahora, ya nada tenemos que decirnos, señor Frol.

—Tal vez visite a Jim...

—¡Adiós, señor Frol!

—A sus pies, señorita Harwood.

A solas, ella se cubrió el rostro con las manos, y sollozó:

—¡Jim! ¿Por qué no viniste tú, mi amor? ¿Por qué...?

Fuera, por la escalera de incendios dos individuos bajaban cautelosamente las escaleras... Llevaban voluminosas maletas...

\* \* \*

—Debes contar algo de la guerra, hijo —pidió la señora Cramer—. En el pueblo quieren oírte explicar cómo, a solas, clavaste nuestra bandera en la cumbre de Iwo-Jima.

—No estuve en Iwo-Jima, madre.

—Bueno, da igual, Jim. No seas testarudo —intervino el padre—. Dale gusto a mamá.

Jim Cramer reía infantilmente ante el empeño de todos los habitantes del pueblo en oírle narrar hazañas. Era difícil hacerles comprender que, vuelto a la normalidad, ningún soldado habla de la guerra, salvo encontrarse con algún compañero de fatigas y alegrías.

La casita de los Cramer tenía cuanto anhelaban. Nevera, radio, mobiliario

confortable, batidora, máquinas lavadoras... aunque la señora Cramer las tenía de adorno, y prefería el primitivo sistema del fregadero.

Un coche lujoso se detuvo en la avenida, y por la corta alameda enarenada apareció Elvin Frol.

Saltó en la silla, bajo la veranda, Jim Cramer...

—¡Comandante Frol! ¡A tus órdenes! ¡Mirad, padres, éste es el señor Frol, el actor que...!

—Beso su mano, señora Cramer. Mis respetos, señor Cramer. Diré tonterías, pero excúsenme... Fue una nevera la que me cambió de badulaque actor, en hombre de verdad... Sí, señora Cramer, su hijo citó la nevera que usted ansiaba tanto..., y yo debo explicarles que no sé cómo decirles..., y eso que llevaba el discurso preparado. ¡Tienen un hijo formidable! Un solo defecto: es testarudo.

—¿Ves, Jim? —reprochó su madre—. Hasta el comandante Frol sabe que no les quieres contar a los del pueblo lo que hiciste en Iwo-Jima.

—Vamos adentro, comandante.

—No se parecen tanto como esto, ¿verdad, papá?

—Déjalos a solas, mamá.

Y a solas, Frol anunció:

—He traído una película, Jim. Vamos al garaje, que allí estarán ya mis dos cómplices.

—¿Tus dos cómplices?

—Entran por donde quieren, y le sacan un rollo en secreto al más desconfiado. No preguntes, y vamos allá.

En el garaje, los dos *cameramen* habían extendido ya una tela, y apagadas las luces, enfocaron...

En la pantalla se vio una puerta abrirse, y tambaleándose entró...

—¡Lil! —gritó Jim Cramer.

—Calla, que es sonora, Jim —rió Elvin Frol.

Lilian Harwood encendía con manos temblorosas un cigarrillo. A sus espaldas, en la puerta, apareció Elvin Frol...

«—No es preciso que me digas nada, Lil».

«—Fuiste insensible, Jim... Pero yo te he esperado sin desmayo...».

Se oía el rodar de la manivela. Y al terminar, cuando ella, sollozando, decía:

«—¡Jim! ¿Por qué no viniste tú mi amor? ¿Por qué...?».

Jim Cramer gritó:

—¡Voy!

Corrió hacia la puerta, y al abrirla exclamo:

—¡Tu coche, Elvin! El mío está averiado... ¡Mañana to lo devuelvo!

Elvin Frol abrió la luz, y dijo:

—Muchachos: la mejor película de mi vida entera.

En la puerta, como un torbellino giratorio, Jim Cramer gritó:



—¡La dirección, caramba!

—Setenta y seis, número 6, quinto, departamento B.

—¡Departamento B, número 6, calle setenta y seis! —Hizo eco la voz de Cramer, que desapareció, para ir repitiendo la dirección, mientras conducía velozmente el coche de Elvin Frol.

Y el actor tuvo que explicar a los señores Cramer que muy posiblemente, al regreso, su hijo traería esposa...

Y tuvo que explicar a los principales del pueblo, las maravillosas hazañas del sargento Cramer en Iwo-Jima...

\* \* \*

Lilian Harwood abrió la puerta, y antes de que pudiera ver quién entraba, se encontró enlazada en estrujador abrazo, que le quitó la respiración.

—Jim... —murmuró, al borde de la asfixia—. Jim...

—¡Yo, sí, yo, Jim Cramer, un estúpido testarudo! ¡Te quiero, Lil, y nos vamos corriendo al juez!

—Jim, mi amor... Suéltame, mi vida... o me desmayaré.

Se desmayó por doble efecto, emocional y físico. Cuando abrió los ojos, sonrió con éxtasis dolorido, y suplicó:

—Abrázame. Jim... pero recuerda que soy una débil mujer, que no debería perdonar que...

Enmudeció. Un abrazo suave sirvió de elocuente discurso.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi (1914-1982) es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel.

Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmó sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.